

EL PENSAMIENTO MILITAR EN LOS CANTARES DE GESTA

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA
Teniente Coronel del Servicio Histórico Militar

III

LA GUERRA DIVINAL EN EL POEMA DE FERNÁN GONZÁLEZ

En la biblioteca de El Escorial se conserva un estropeado códice, a falta de las hojas finales, donde se narran las hazañas del conde Fernán González, en versos del mester de clerecía. Lo escribió hacia 1250 un anónimo autor, que según el padre Serrano no fue monje de Arlanza, como se cree, pues decía *allá* al referirse a Burgos (estrofa 727), juzgaba próximo a Lara el castillo de Muñó (estrofa 380), que dista más de cuarenta kilómetros, y suponía el monasterio en monte inaccesible al caballo del Conde (estrofa 230), cuando está en un llano. El padre Pérez de Urbel desestima las primeras objeciones y anula la última, aclarando que el primitivo monasterio se alzaba en la cima de la actual ermita de San Pelayo, con lo cual reafirma como autor del Poema al anónimo fraile de Arlanza (1).

El poema llegado hasta nosotros es, sin duda, la adaptación a las novedades de clerecía de una o más gestas del siglo X, perdidas poco después. Lo revelan la manifiesta confusión de ambientes y mentalidades de los siglos X y XII, que salta a la vista. Sus anacronismos

(1) LUCIANO SERRANO, O. S. B., abad de Silos: *Poema de Fernán González*. Editado por la Junta del Milenario de Castilla, Madrid, 1943 (pág. 45).

JUSTO PÉREZ DE URBEL, O. S. B.: *Historia del Condado de Castilla*. Ed. del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Medievales, Madrid, 1945. Tomo I (pág. 346).

CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ: *Observaciones a la Historia de Castilla de Pérez de Urbel*, en «Cuadernos de Historia de España». XI (págs. 145-149).

son principalmente de personajes, como Almanzor; de armas, como la ballesta, y algunos de moral y estilo bélicos, como ciertos gritos y arengas. Hay un rudo primitivismo caballeresco, bien ambientado, y hay mucho estruendo bélico, pero el arte militar, salvo algunos atisbos, brilla por su ausencia.

Muchos más son los anacronismos geográficos por falsa identificación de la frontera con los moros, bien imaginando a éstos demasiado avanzados en el siglo x —Carazo, Sahagún, Atapuerca eran ya cristianos—, o replegándolos a su situación en el xii con frontera en Almería, ya conquistada Murcia.

El mismo autor alude tres veces a textos que tiene a la vista cuando escribe, cosa que no se dio en los cantares de gesta. «Como el escrito diz» (e. 15), «según nos lo leemos e dícelo la leyenda» (e. 687), «así como leemos» (e. 723). Pero también su forma declara fácilmente el origen, entre otros muchos datos, tres coplas de cinco versos quedaron del cantar de juglaría por imposibilidad de refundirlas cerrando la idea en cuatro, cosa que en otras estrofas se observa por rigidez de la refundición. Son las 256, 227 y 236, pero esta última conserva en uno de sus versos un inconfundible sabor arcaico y juglaresco al decir: «darte he yo del agua, que non tengo del vino».

En la estrofa 395 la consonancia del *corazón lozano* del conde con los finales de verso en *pañ*o y *dañ*o manifiestan también el origen juglaresco de consonancias antiguas más perfectas en *panno* y *danno*, como la 614 al rimar *maravilla* con *doncella*, lo mismo que sucede en otros casos rimando *cabdillo*, con *capiello*. En la estrofa 575 se nos da una prueba de la antigüedad del aforismo «ir por lana y salir trasquilado», cuando dice: «contecióle como el carnero que fue buscar la lana».

Su riguroso sentido épico es también más propio del juglar que del monje y hay excesiva furia bélica, respetada por el refundidor, pese a los hábitos. El plan parece ser de 740 estrofas de cuatro versos, pero sólo nos queda un total de unos 2.700 versos, pues hay muchas incompletas. El cantar de gesta si fue único puede calcularse que no tendría las 145 estrofas introductorias donde, al estilo de las crónicas del siglo xiii, se nos comenta la historia de los godos, la doctrina de Mahoma y la invasión de España por los árabes. Sin ellas se compondrían de unas 600 estrofas a cinco versos, es decir, unos 3.000 versos en total.

Sus antecedentes históricos siguen más que nada la crónica del

Toledano; en el resto hoy continuas influencias del *Libro de Alexandre* y de Gonzalo de Berceo, contemporáneo de nuestro monje-poeta, alguno de sus versos está copiado de los *Loores de Nuestra Señora* y los iniciales de la *Vida de Santo Domingo de Silos*; en cambio, se ve que no conoce el de tema más próximo al suyo, la *Vida de San Millán*, dadas sus esenciales divergencias. Con todo, el *Fernán González* es el poema de clerecía más próximo y análogo a los de juglaría, en los que se inspiró y a los que en cierto modo vino a sustituir. El nuevo poeta se limitó a darle forma al gusto de su tiempo y añadirle tradiciones y consideraciones devotas para enaltecer el monasterio de San Pedro de Arlanza y la figura del conde Fernán González, de quien se conservaba allí el sepulcro y muy buenos recuerdos.

Mejor es la Montaña

Esta única versión que conocemos tiene en su tema una intención de réplica al Tudense (2), quien, catorce años antes, se mostraba en su crónica muy adverso a Castilla, llamando a Fernán González *conde de Burgos* y vulgar perturbador del reino de León. La tesis del poema se sintetiza en tres versos:

218. *Cuando perdió la tierra el buen rey don Rodrigo
non quedó en España quien valiese un figo,
sinon Castilla Vieja, un lugar muy antigo* (3).

El tema es, pues, la supremacía reconquistadora de Castilla. Sólo Castilla la Vieja no fue ocupada por los moros, los castellanos son los legítimos herederos del poder visigodo —sobre lo cual crecía la discusión entre los siglos XI y XIII— y es en Castilla donde estos cristianos godos se levantan contra los invasores musulmanes, acogiendo a ella los fugitivos de otras tierras. Castellanos son los que nombran rey a Pelayo en las Asturias de Santillana —la Cantabria que tiene a Santillana del Mar por capital— y con él al frente, reconquis-

(2) LUCAS, obispo de Tuy: *El Tudense*. Libros III y IV de la «Crónica de España». Edición castellana, Madrid, 1926.

(3) Modernizo los versos, en ortografía y sintaxis, sólo lo indispensable para la buena lectura por cualquier lector.

tan las Asturias de Oviedo. Es curioso que Berceo, el monje soriano, sea de la misma opinión en su *Vida de San Millán de la Cogolla*:

395. *Dióles en este comedio un señor venturado,
el duc Ferrán Gonzálvez, conde muy valiado;
ca fallieron los reys, tan grand fue el pecado,
el reyno de Castilla tornara en condado.*

Nuestro poeta se crece en la exaltación de Castilla. La grandeza de los castellanos les viene de no haber faltado nunca a la lealtad, ni cometido yerro alguno por miedo a la muerte (ee. 214-218). Luego afirma categórico: «Pero de toda España, Castilla es la mejor» (e. 158) y explica sus razones:

159. *Aun Castilla la Vieja, al mi entendimiento
mejor es que lo ál, porque fue el cimientto.*

Además, sale al paso de posibles objeciones, pues si bien

172. *estonces era Castilla un pequeño rincón.
173. magüer que era pobre e de poca valia,
nunca de buenos homes fue Castilla vacía.*

No es demasiado santiagouista el monje del poema, pero a la hora de las comparaciones nos dirá que Castilla tiene más dignidad que Francia e Inglaterra (e. 155), porque tales países no conservan como ella el cuerpo de un apóstol.

Parece que con esto estaba todo dicho. Pues no. Aún localizamos una especial pasión regional en el poeta que nos hace notar su posible origen, cuando aún dentro de Castilla hay algo distinguido: «Sobre todas las tierras mejor es la Montaña» (e. 148) y luego los versos de frutos secos montañeses incluso para comparaciones muy metafóricas:

177. *non daba más por ellos que por una castaña
272. llenos de oro e de plata, que non de piñones
183. si yo de aquí non salgo nunca valdré un figo
224. maüer que muchos son non valen tres arvejas
265. non valen tres arvejas todo tu poderío*

los dos últimos coinciden con otros del *Libro de Alexandre*:

- 1.896. *Non valien a Poro tres arvejas podridas
2.063. por un mal castellano que non val un figo*

Para que su héroe tenga relación con la montaña, hace que se ocupe de su crianza «un pobrecillo que labraba carbón», el cual «túvole en la montaña una buena sazón» y llama *carbonientos* a los diablos y a los mozos. Con lo cual se inclinan los críticos a localizar en la montaña burgalesa la patria del *Fernán González*.

El estudio del texto en las partes dudosas o perdidas se hizo, y se sigue haciendo, cotejándolo con la Crónica General del Rey Sabio, donde está contenida toda su esencia y su literatura. En la Crónica Rimada se recogen también cantares del conde de Castilla, que difieren de la General, por ejemplo en la genealogía, el nombre de la esposa no es Sancha ni Urraca —ambos históricos—, sino Costanza, se omite la historia del monje Pelayo y la reedificación del monasterio de Arlanza y se relata la entrevista del vado del Carrión, que no está en el poema y sí en los romances viejos. La Crónica General de 1344 añade dos capítulos al texto del Cantar, que por sus asonantes en *a-o* y sus alternativas de narración y diálogo demuestran ser la prosificación incompleta de una gesta. Todo ello es de gran interés para el estudio crítico. Cinco son los temas fundamentales del *Poema de Fernán González*:

1. *Campañas contra los moros*, defendiendo Castilla, en las que aparece temible y hasta altanero.
2. *Campañas contra el rey de Navarra*, ambicioso de tierras castellanas.
3. *Debates con el rey de León*, de cuyo gobierno es árbitro el conde, hasta lograr la independencia de Castilla.
4. *Espíritu democrático castellano*, que requiere del conde consulta previa al pueblo antes de sus grandes decisiones políticas o militares.
5. *Protección al monasterio de Arlanza*, al que dona sus restos.

Según el autor del poema, en coincidencia con Berceo, la separación de Castilla fue simple independencia por desaparición de la legítima familia real de León y Asturias, reino al que voluntariamente se había unido Castilla en tiempos de Alfonso I.

Castilla al interés compuesto

Sobre el debatido tema de la *Independencia de Castilla*, Menéndez Pidal esperaba demostrar pronto que tal independencia no existe, sino

que es una mala interpretación de textos tardíos medievales. El condado más extenso de España, removido varias veces por Ramiro II, se hizo inamovible tras la muerte del Rey en 951. «Tal conquista política no fue sólo egoísmo disociador, sino imposición de las circunstancias vitales en todo el occidente europeo, donde los albores del feudalismo producían corrientes de fragmentación del poder real, estableciendo la sucesión hereditaria para condados y otros cargos públicos. Además, no era secesión por huir de las desdichas de la comunidad, sino para tomar sobre sí la guerra antiislámica, llena de infortunios, porque quiere el conde proseguirla con mayor decisión y constancia que León. Así, el aspecto negativo mirando al pasado, es positivo mirando al futuro, que apunta a Europa. Se comprueba por el largo y progresivo éxito que alcanza la actitud de Castilla, indicio de su necesidad (4).

Para el padre Serrano, la independencia fue el desenlace natural del predominio del conde de Castilla en la corte de León y ante las autoridades moras y navarras. También explica esta simpatía al conde saber que, según los cronistas árabes, Sancho de León era «vanidoso y perdido, belicoso y pendenciero». Reducida la dependencia a un mero lazo feudatario, basto la audacia del conde y su constante actuar como si el lazo existiese, para darlo por caducado de hecho, sin declaración ninguna de derecho. Todos los reyes conocieron la independencia aún en vida del conde, trataron con él como de soberano a soberano y nadie la tildó como atentado a la unidad del reino de León, ni como cisma revolucionario.

El poema funda la independencia en el recurso del caballo y el azor, leyenda cuyo motivo explica muy bien Menéndez Pidal, con antecedentes góticos. En la Edad Media, el que recibía una donación entregaba a cambio algo de poco valor para que el documento tuviese carácter de contrato bilateral y no regalo gratuito.

Era una compra o cambio, llamada *roboratio* o corroboración, y los objetos entregados iban desde un par de guantes a un caballo o un ave de presa. El caballo y el azor juntos fueron *roboratio* en varios documentos de los siglos X y XI, y muy bien pudieron servir en una

(4) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *La Castilla de Fernán González*. Conferencia en Burgos el 7 de septiembre de 1943, publicada en el «Boletín de la Comisión de Monumentos de Burgos», número extraordinario dedicado al Milenario de Castilla, 1943. Recogida con el título «CARÁCTER ORIGINARIO DE CASTILLA» en *Castilla, la tradición y el idioma*. Espasa Calpe, Colección Austral, 1945.

donación real o apócrifa por la que el de León cediese a Fernán-González algunos derechos sobre el condado. Según lo cual pudo decirse que se lo había cedido a cambio del caballo y el azor (5).

Fernán González no se hizo independiente como el Poema supone tres siglos después: los condes sucesores siguieron reconociendo la suprema soberanía de los reyes de León, hasta que Bermudo III concedió el condado con título de reino como dote de su hermana Sancha, al casarla con el último conde de Castilla.

Castilla se gobernaba ya en su interior como un Estado libre, elegía sus condes sin intervención real, por su propia autoridad declaraba la guerra a los moros y conquistaba tierras en las márgenes del Duero o en la zona de Segovia, según expresa con pleno verismo:

165. *Muchas buenas batallas con los moros hicieron
con su fiero esfuerzo gran tierra conquistaron.*

En el cartulario de San Pedro de Arlanza y en el becerro gótico de Cerdeña hay claros ejemplos del Gobierno democrático de Castilla que coinciden con la conducta de Fernán González reflejada en los versos del monje-poeta.

LO DIVINO Y LO HUMANO DEL GUERRERO

La guerra divina

Lo religioso tiene en el poema parte muy importante, cosa natural viniendo de un monje, si bien podemos advertir menor profundidad teológica que en el del Cid, aunque se niegue que el autor de éste fuese otro fraile. Aquí, casi un tercio de las estrofas son de matiz piadoso: hay tres largas oraciones y dos discursos religiosos. Los nombres de Dios se prodigan con el promedio de cada doce versos, tanto o más que en el *Cantar del Cid*, pero con mucho mayor variación y por este orden de predominio: *Dios* y *Señor*, muy abundantemente; *Criador* —forma que usa el poeta del Cid—, unas dos veces; *Señor Dios*, *Salvador*, una vez cada nombre y *Padre*, dos o tres. A

(5) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *La épopeya castellana a través de la literatura española*. Espasa Calpe, Segunda edición, Madrid, 1959.

Cristo se le nombra unas catorce veces, quedando, pues, en tercer lugar; la variante *Jesucristo* está cinco veces, una de ellas extraña:

546. *Padre, Señor del mundo, Padre vero Jesucriste,*

pues parece confundir al Padre con el Hijo, aunque seguramente *Jesucristo* supone un genitivo: *Padre de Jesucristo*. Hay una curiosa denominación, «*don Cristo*», usada tres veces (es. 22, 119, 123), exclusivamente en los antecedentes de la Reconquista, lo que hace suponer un contagio de la fuente en que se documenta el poeta, pues la expresión no es original de él. Por tres veces se lamenta el conde del desamparo divino, en los términos de «¿Por qué me has fallido?», u otros muy semejantes (es. 546, 593, 601), inspirado en la palabra de Jesús en la Cruz, queriendo con tal extrañeza mostrar la gran intimidad del conde con Dios y su normal confianza en él. Extraña que ni el piadoso Fernán González, ni su primer juglar, ni el supuesto monje de Arlanza, se acuerden de la Madre de Dios más que tres veces: la primera por fórmula en la invocación inicial del poeta a la Virgen Preciosa; la segunda en una breve oración del conde (e. 232), y la tercera en una jaculatoria (e. 369), ambas a *Santa María*. Está muy lejos de la devoción a Nuestra Señora que el juglar del Cid pone en su héroe y en la tradicional piedad mariana de Castilla y de España en todo tiempo.

Se da el contraste, único que conozco, de quince alusiones al demonio, trece de ellas llamándole *diablo*, una *Satán*, y otra *Satanás*, y aún una cita de *Magog* (e. 16) explicable sólo en erudiciones de clerecía, obsesión típica de los tiempos del milenio en que se escribía la gesta inicial y que pudiera ayudar a localizar su fecha.

En cuanto a santos, el que predomina es San Millán, el Santiago castellano que sale con frecuencia en el Poema, mientras que el Apóstol sólo figura seis veces, una de ellas para ufanía española de conservar su cuerpo, otras para hablar de un peregrino, y las restantes por el motivo de su aparición.

Le siguen las referencias a San Pedro, bajo cuya advocación está el monasterio de Arlanza; una a San Eugenio, que hará relación a patronazgos locales, ya que lo es en el valle de Valdivielso y acaso también en la zona del monje-poeta. Las alusiones bíblicas son muy numerosas, como pasajes de la larga oración de los cristianos, equiparable a la Jimena en el *Mío Cid*, o como referencia ponderativa

del Buen Conde, en lo cual suele mezclarse lo divino y lo humano, pues tiene la sabiduría de Salomón y el corazón de Alejandro, aunque también se le compare con David y Sansón. En un curioso ejemplario de *buenos fechos* se admira a David y Judas Macabeo, pasando sin interrupción a Carlomagno, Valdovinos, Roldán, Olivero, Turpín y otros ocho caballeros de su acompañamiento más o menos imaginario.

Hay oración antes de la batalla, como hubo vigilia la víspera, y habrá acción de gracias después. Al amanecer del día de Hacinas, todos oyen misa, confiesan y comulgan, cosa fácil la primera, pero difíciles las dos últimas, pues son 15.450 guerreros y no constan varios confesores, lo cual sólo hubiera podido solucionarse con la absolución general como en el *Mío Cid*, con extraños capellanes provisionales, como en los *Infantes de Lara*, o confesando la víspera, como describe el Toledano de los cruzados de las Navas y Muntaner de los almogávares en Gallipoli. Se prodigan los milagros, apariciones y hasta consejos tácticos de San Millán al conde Fernán González.

Fernán González hace vigilia antes de la batalla de Hacinas y pide a Dios que ayude a Castilla: «Amparar non la podría, Señor, sin la tu ayuda» (e. 399). Tras él, «todos a Dios rogaron». Hay profecías de don Pelayo, de San Millán de la Cogolla y de Santiago. El primero se aparece al conde y le promete auxilio celestial, como San Gabriel al Cid; luego, «mientras se querellaba a Dios, los finojos fincados» (e. 410), se aparece San Millán y no se limitaba a decirle, como en la aparición cidiana, «que bien se hará todo», sino que le da consejos tácticos: tomar tres haces y atacar por Oriente con el menor de ellos, para terminar previniéndole sobre el enemigo: «No tardes»..., «no les des tregua»..., «no hagas con él paces»... Curioso consejo celeste a reacciones pacifistas que luego veremos. Santiago le dice: «Ferrando de Castilla, hoy te crece muy gran bando» (e. 549).

Culmina todo con la aparición de San Millán y Santiago en la batalla, acompañados de escuadrones sobrenaturales. A los moros «lo que más les pesaba es que eran todos cruzados». La descripción coincide con la de Berceo en la *Vida de San Millán*, con la batalla de Simancas, en la crónica Silense y con la del apócrifo privilegio de los Votos de San Millán, a quien según éste agradecía Fernán González la victoria (6).

(6) JUSTO PÉREZ DE URBEL, O. S. B.: *Historia del Condado de Castilla*, Tomo III, Escritura del año 982.

En todo ello se advierte cierto sentido bíblico, y aún macabeísta, de la guerra: la oración y la lucha, las voces, avisos y apariciones celestiales de continuo son notas de una milicia en contacto frecuente con lo sobrenatural. En la mente del poeta, Castilla es un poco el pueblo elegido de Dios y los castellanos guerreros a lo divino.

Los castellanos son para el poeta *el pueblo creyente*, y los moros *el pueblo pagano*, los *descreídos* o *descreyentes*, y también los *no bautizantes*. Estos nombres de los moros, sobre todo los dos primeros, son sin duda los más repetidos del poema; apenas hay página donde no consten un par de veces. El autor de clerecía, al que leemos, escribe durante la cruzada de San Luis, por lo cual no tiene reparo en llamar a los castellanos con el anacronismo de *pueblo cruzado*, que también se repite hasta la saciedad. Ello no garantiza la perfección, quizá el mejor argumento de teología está en ése:

101. *«Partiéndonos de Dios, hase de nos partido»*

El verso sigue a otro no menos hondo: «Diéranos Dios a España, guardarla non supimos» (e. 99) que recuerda una frase semejante del Cid en Valencia: «Si yo obrare con justicia sé que me la dejará, pero si obrase mal sé que me la quitará.»

Estamos en plena *guerra divinal*, como decía el obispo burgalés, judío converso, don Alonso de Cartagena (7), en el campo de esa polémica aún viva que opone tierra y fe, reconquista y cruzada. En la extensa introducción del poema hay un verso que lo refleja bien:

21. *Fueron de Santi Espíritus los godos espirados*

Para luego comparar a los godos con el conde de Castilla, porque si aquellos «alzaron cristiandad, abajaron paganismo», el conde de Fernán González «fizo aquesto mismo» (e. 24).

Son versos que tienen una especial significación, ya que evocan el epitafio de los reyes Católicos

*Mahometice secte postratores
et heretice pervicacie extinctores*

(7) ALONSO DE CARTAGENA, El Burguense: *Doctrinal de Caballeros*, Burgos, 1487.

que Américo Castro aduce como prueba de que se luchaba por la fe olvidando la Reconquista (8). Nuestros versos son seguramente del poeta del siglo x, lo cual quiere decir que la idea del epitafio existía ya, formulada en los mismos términos, cinco siglos antes de los Reyes Católicos, o dos, si los versos fuesen del supuesto monje-poeta de Arlanza.

Aún hay otros dos versos, importantes para el mismo tema:

279. *Estaba el Conde a Dios haciendo placer,
lidiando con los moros e todo su poder.*

reveladores de ese concepto de *guerra santa* que Castro identifica como contagio mahometano en Jorge Manrique, quien explica primero cómo los caballeros han de ganar el *vivir perdurable* con trabajos y aflicciones contra moros, para deducir como lógica consecuencia la gloria del alma de su padre que vivió combatiendo hasta el punto de llamársele *El Segundo Cid* por sus contemporáneos.

*Y pues vos, claro varón
tanta sangre derramaste
de paganos
esperad el galardón
que en este mundo ganase
por las manos.*

Las coplas se escribieron dos siglos más tarde que el cantar de clerecía, pero es que la idea debió estar ya en el de juglaría también, cuatro siglos antes. Así, a la luz de estos datos resulta revisado el tema, haciéndose preciso localizar las posibilidades, tan remotas, de influencia literaria musulmana en Burgos, fundado el 884 y sin apenas contacto con los moros.

Milagros y milagrerías

Una característica que seguramente pervive de la gesta primera son los signos negativos: el diablo, el miedo, la traición, el cansancio, el pacifismo a ultranza... Están aquí manifiestos y reiterados como en ningún otro cantar. Se vive en una época dura y difícil de Castilla

(8) AMÉRICO CASTRO: *Origen, ser y existir de los españoles*, titulado después *Los españoles: cómo llegaron a serlo*. Ed. «Taurus». Segunda edición. Madrid, 1965.

y son también sin duda los tiempos negros del milenio cuando escribe el primitivo juglar. Por eso se prodigan los agüeros y la superstición, las profecías, los milagros y apariciones.

Hay sobre todo un anatema que recuerda la intención de llevar el castigo más allá de la tumba, como en *Los siete Infantes*, como en *Hamlet*. El conde, con frase muy medieval en su crudeza, maldice así antes de la batalla:

445. *Todo aquel que de vosotros a prisión se les diere
e con miedo de la muerte del campo saliere,
con Judas en el infierno yagua cuando muriere.*

Los oyentes corroboran la maldición y la hacen suya en un verso colectivo, que tiene resonancias del coro de una tragedia griega:

446. *El que fuyere de nos, yagua con Judas abrazado.*

Es el extremo mayor de una religiosidad cruel, que el monje ha tomado sin reparo del antiguo juglar, pues es inexplicable que él lo añada en el siglo XIII. Por contraste con *Los Infantes de Lara*, aquí se reprueba la *saña vieja* que en aquel cantar se practica y se acepta. El poeta lo fundamenta en la ética de sus abuelos:

217. *Ellos nunca hicieron Saña vieja alzada,
más siempre lealtat, lealmente pagada.*

Menéndez Pidal no repara en esta perfección moral y cita, por el contrario, el ejemplo de la reina de León, que en el poema mantiene *alzada* la venganza por la muerte de su esposo a manos de Fernán González: «No pensaba sino en buscar la muerte a los castellanos, y por ello ningún hombre la podía culpar» (9). Pero el ejemplo que el conde invoca de sus antepasados tiene más fuerza normativa y representa mejor el ideal cristiano-caballeresco del autor del poema. Hay otros signos de intervenciones sobrenaturales pavorosos, como el altar que se abre de arriba abajo en la iglesia de Cirueña, mientras se oía una voz grave, *de pavón*, protesta del cielo por el sacrilegio del rey de Navarra quebrantando el sagrado del lugar para apresar allí al conde.

(9) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *Leyenda de la Condesa traidora*, 1935, Conferencia recogida en *Idea imperial de Carlos V*. Espasa Calpe. Madrid, 1949.

591. *Pesó mucho a Dios fecho tan sin razón;
oyeron una voz como voz de pavón
partióse el altar de como fasta fondón.*

Esta voz de *pavón* la ha leído el poeta, en el *Libro de Alexandre*, cuando Alejandro Magno «dio una gran voz, como pavón» (e. 1.565).

Otro hecho estremecedor se produce: la víspera de la batalla de Carazo, los guerreros castellanos ven desfavoridos cómo se traga la tierra un hombre de Treviño montado en su caballo. Fernán González, por consejo del monje Pelayo, se lo interpreta favorablemente:

256. c. *La tierra, que es tan dura, vos facedes somir,
pues ¡cuáles otras cosas a vos podrán sofrir?*

Explicación del mal agüero que no deja de ser ingenua, hacerles creer a sus hombres que si ellos hicieron abrirse una tierra tan dura, no habría imposibles para su esfuerzo. Pero el recurso es de ley en aquel tiempo y recuerda la clásica ingeniosidad militar ante situaciones semejantes, desde el espartano «mejor, así pelearemos a la sombra», cuando se dice que las flechas de los partos ocultan el sol, hasta el del Gran Capitán: «esas son las luminarias de la victoria» cuando su gente se desmoraliza por el incendio del campamento. No importa que en aquéllos el ingenio se ejercite ante una adversidad táctica y aquí frente a un mal agüero, como en el caso del Cid respecto al vuelo de la corneja, que si es siniestro representa un mal para el enemigo y si diestro un bien para su hueste. En el Cid y Fernán González se ve la analogía en la desviación favorable de la credulidad de sus gentes.

En los preparativos de la batalla de Hacinas, que constituye el nudo del Poema, hay también una señal que con razón amedrenta a las tropas. En medio de la noche vuela sobre los cristianos un dragón sangriento, de fuego, que emite unos gritos aterradores y todos temen morir quemados por su chorro de fuego, con una sensación que sólo hoy se comprende ante los modernos artefactos bélicos:

467. *Venia por el aire una sierpe rabiosa
dando muy fuertes gritos la fantasma astrosa,
toda venía sangrienta, bermeja, así como rosa.*
468. *Facia ella semblante que ferida venía.
semejaba en los gritos que el cielo se repartía,
alumbraba las vestes el fuego que vertía.*

Cuando despiertan a Fernán González, que dormía tranquilo, éste se da cuenta en seguida que el miedo desmoraliza a sus huestes, el poeta mismo lo encuentra justificado por «la figura que los diablos hicieron para inquietar a los pueblos cruzados». El buen Conde reúne a sus varones y los explica que se trata de algún diablo en figura de sierpe, transformado al conjuro de «algún moro astroso que sabe encantar» (e. 478), aprovechando el motivo para instruirles largamente de que el diablo no tiene poder sobre ellos, cosa que comprenderán siendo sesudos como son, temerosos sólo de Dios, en quien reside todo el poder, y de paso les habla por extenso de los *estrelleros* por los que se guían los moros en sus empresas, terminando por ridiculizar los agüeros y supersticiones. El espíritu de clerecía se ve aquí influyendo sobre el primitivismo medieval. El monje ha mejorado la obra de las gestas y en esta de Fernán González, con trazos del milenio, completa como ninguna de las otras el tema religioso en este punto.

En la época medieval española, el pleno ambiente bélico, donde el contacto con moros y judíos era tan intenso, hacía favorable la milicia a todo lo misterioso y sobrenatural. En otro lugar queda señalado cómo los españoles fueron tenidos por especialistas en el arte augural de los presagios, hasta el punto de poderse decir que Silvestre II lo aprendió de nuestros musulmanes, junto a la magia y la astronomía. Exacto o no, tal dato manifiesta un estado de opinión que hizo posible el que más tarde se estabilizase, pues Masuccio, en su *Novellino*, muestra a España como sede de las ciencias ocultas en un estereotipo muy sucinto de ciudades científicas: «A Galerno, la Medicina; a Bolonia, el Derecho; a Toledo, *daemones* (los demonios). Se ha repetido como confirmación una octava de Pulci, que en su *Morgante* pormenoriza así:

*questa città di Tollete solea
 tenerse studio d'nigromanzia;
 quivi di magica arte si leggea
 pubblicamente e di piromanzia;
 e molti geomanti sempre avea
 e sperimenti assai d'idromanzia;
 e d'altre false openion di sciocchi,
 com'e fatture o spesso batter gli occhi (XXV, 259).*

No son necesarios argumentos específicos, pues bastaría remitir al

lector a la *Historia de los Heterodoxos*, de Menéndez Pelayo *. Afortunadamente, la cultura y el cristianismo fueron acabando con ello, no sin que en el pueblo quedase una afición, mal reprimida a veces, de la cual, por lo tocante a lo militar, hay en *La soledad de Alcuneza* muestras muy expresivas y veristas de nuestra última guerra: «*Ya decía yo que ese alférez tiene el cenizo —musitó el cabo gallego—. Le ha dado el gafe al puente. Como no lo maten pronto perderemos la guerra*». «Influido a mi pesar por las supersticiones del zapador de Marchena, llegué casi a considerar culpable al mancebo de la muerte de mi jefe.» Pero es más adecuada al tema de Fernán González, con sus reiteradas apariciones, esta otra: «*La santa compañía* aparecía en la muerte del cabo. Pero aquel otro murió sin verla. Porque no todos ven *la santa compañía*».

No creo casual que el cabo sea gallego y el zapador andaluz. He aquí en pleno siglo xx dos ejemplos de superstición ininterrumpida desde el medievo (10).

La infanta fornida y el arcipreste malo

El tardío poeta de Fernán González presenta a su héroe con matices caballerescos, que no pudo tener en el cantar de gesta inicial. Ha ampliado su poema con numerosas referencias al Libro de Alexandre, coincidiendo con muchos de sus versos. Entre los más calcados están aquellos en que se identifican ambos héroes en intención y expresión. El poeta anónimo de Alejandro Magno (11) decía:

*No cuento yo mi vida por años ni por días,
más por buenas haciendas e por caballerías.*

El de Fernán González encuentra la facilidad de poder aplicar literalmente a su héroe el espíritu del otro, con una mínima y fácil

* Recientemente, los señores Fernández Monzón y Cominges, oficiales de las Fuerzas Armadas, descifraron el misterio del *Libro del Tesoro*, falsamente atribuido a Alfonso el Sabio, que durante siete siglos mantuvo como indecifrables las octavas de su «Lapis Philosophorum» con el secreto de la piedra Filosofal (v revista «Punta Europa», núm. 111, julio 1966).

(10) SALVADOR GARCÍA DE PRUNEDA: *La soledad de Alcuneza*, Madrid, 1961 (páginas 20 y 260).

(11) Anónimo: *Libro de Alexandre*, Edición de Rivadeneira «Clásicos castellanos», Tomo LVII.

adaptación. Lo hace convencido de que su Conde de Castilla es tan paradigmática de caballeros como el griego:

349. *No cuentan de Alejandro las noches ni los días,
cuentan sus buenos fechos e sus caballerías.*

Más de treinta versos dedica el monje-poeta a describir la honra que el buen Conde hace a dos enemigos vencidos y muertos: el Rey Sancho de Navarra y el Conde de Tolosa, deteniéndose más en éste. El héroe castellano libera a los vasallos del tolosano, bajo juramento de que no se apartarán del cadáver hasta dejarlo sepultado en su condado, como antes hizo que el cuerpo del Rey Sancho fuese llevado por sus huestes a la capital del reino, socorriendo a todos para el camino y dándoles mil cirios para alumbrarse en él.

Dentro de las notas caballerescas del Poema, es encantadora la romántica ingenuidad de un falso episodio, que con sabor de rudeza, muy primitiva, tiene indudables retoques, sobre todo en el colofón de la aventura posterior. Es la acción de la infanta doña Sancha, que, por amor, libera a Fernán González de la prisión en que lo tiene su hermano el Rey García de la Historia. En la huída, el Conde apenas puede andar a causa de los grilletos que la infanta no ha podido quitarle, por lo que ella, sin otro recurso ni ayuda visible:

636. *Hóbolo ella un poco a cuestras a llevar.*

¿Es esto caballeresco? En todo caso, gótico. Más que a una infanta medieval, la actitud de la dama parece convenir a una amazona griega, una heroína bárbara, una guerrera amazónica americana y, si acaso, en nuestros días, a alguna fornida capitana, diplomada en judo, de las modernas fuerzas armadas.

Pero a este simple hecho, tan expresivo y anticaballeresco, le sigue un episodio renacentista del clérigo libertino, unos tres cuartos de siglo antes de que el Arcipreste de Hita inventariase escándalos clericales. Es el pasaje de «El arcipreste malo que iba a cazar» (e. 638), quien con agudeza propia del hombre sensual capta pronto la situación de inferioridad del Conde, trabado por «sus grandes hierros» —el poeta dice «vio la barata», con inefable castellanismo— y pensó aprovecharla —«plúgole más que si ganase a Acre o Amiata», ahora es la ironía contra el cobarde— y plantea un *chantage*, con el dilema entre la delación de su fuga y la tercería deshonestas: «déjame con la dueña

cumplir mi voluntad» (e. 642). Aquí el monje-poeta muestra ser hombre serio, de su tiempo, muy lejos de la relajación renacentista, y se apresura a emitir su juicio moralizador:

646. *Vergüenza non había el falso descreído.
confounder cuidó a otro, mas él fue confundido.*

Y remata el pasaje y la lección con justicia poética: la dificultad de sus cadenas impide al Conde ayudar a Doña Sancha directamente, pero logra entregarla su puñal y entre ambos consiguen matar *al traidor*. El relato constituye un episodio cerrado del poema, en cuya narración se emplean 60 versos.

Democracia militar

Muestra bien el Poema la repercusión militar de esa novedad democrática que introdujo Castilla en la política de la Reconquista. Para la batalla de Hacinas, el Conde arma caballeros a veinte escuderos, revelándonos un rasgo normal en él, pues hay datos de que fue creador de una caballería democrática al elevar a la categoría de caballeros a doscientos villanos que tenían caballo, como también consta que su hijo Garci-Fernández aumentó a seiscientos los trescientos caballeros, creando otros tantos caballeros-villanos. Bien es verdad que entonces tener un caballo era signo de riqueza, pues se valoraba igual que un rebaño de veinticinco bueyes, y otro tanto la silla.

Hay más manifestaciones de democracia militar. En cuanto Fernán González recibe noticias de alguna actitud belicosa del enemigo, reúne a sus vasallos y les pide consejo, cosa que en el Poema sucede cuatro veces (estrofas 202, 294, 474 y 603). La víspera de la batalla de Carazo les consulta si convendría «ir a ellos» (atacando) o «los atenderían» (a la defensiva). En otra ocasión nos aclara el poeta que en el consejo se juntaron todos, tanto los ricos-hombres e infanzones, que constituían la nobleza, como los peones y escuderos de la clase llana. El Conde oye al consejo, mas no por ello actúa al dictado de su voz, cosa siempre reprobada en el mando militar de cualquier época, sino que decide con arreglo a su criterio, analizando todos los elementos de juicio, todos los «factores de la decisión». El Conde castellano considera que «al pueblo no se le obedece, se le sirve», como distinguió José Antonio.

Fernán González, buen caudillo, encauza y dirige a su pueblo. Su voz es la última que se pronuncia, para corroborar al consejo o ratificarlo con muy buenas razones:

353. *a cosa quel decía non sabían responder,
cuanto él por bien tovo, hobiéronlo a hacer.*

Sabe más, vale más, es el mejor.

Decía Sánchez Albornoz que «no se ha escrito aún la historia del miedo como factor importante en el continuo fluir de la vida histórica» (12). En estos estudios atendemos desde hace tiempo a tal aspecto.

El pueblo hace llegar al buen Conde las sucesivas variaciones de su ánimo. Una vez es el cansancio de combatir, esa «fatiga del esfuerzo continuado», del combate prolongado, que ahora estudian seriamente los psicólogos civiles y militares. Hay un momento en que los vasallos:

331. *Eran contra el Conde fuertement irados
porque habían, por fuerza, siempre de andar armados.*

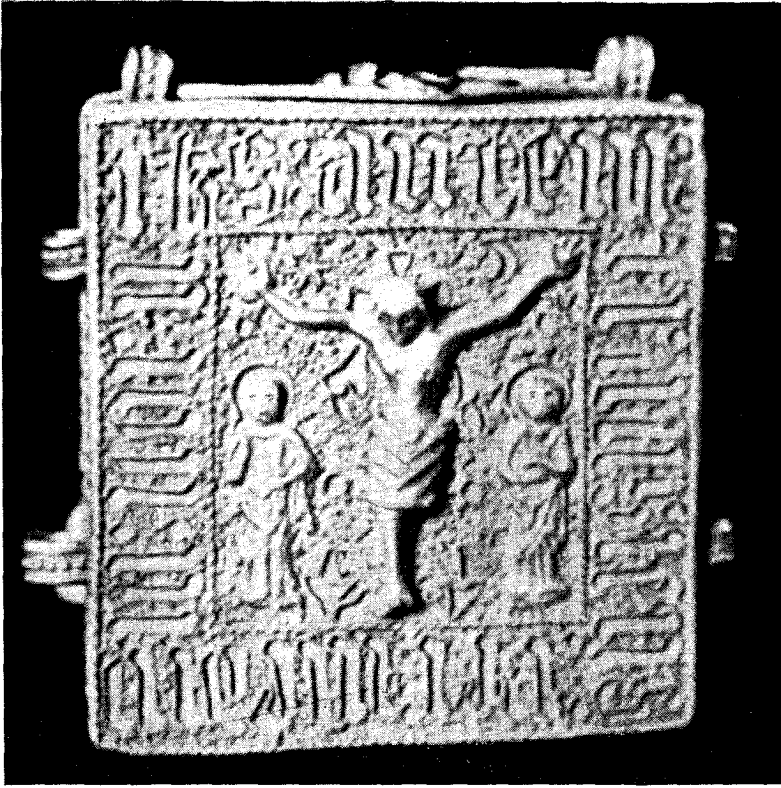
Es el pueblo en armas que ansía el descanso y la paz con un razonamiento que recuerda el que Cervantes pondría en boca de Sancho con la misma intención: «No todo ha de ser Santiago y cierra España».

Los de Fernán González dicen:

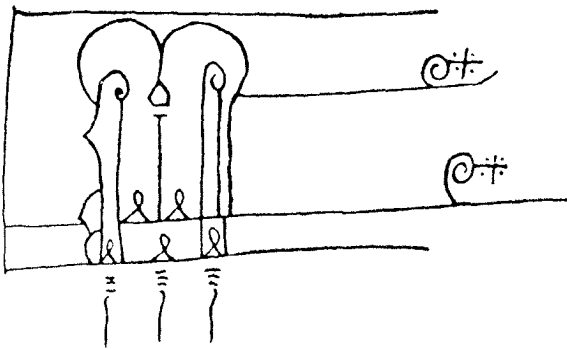
333. *que todas cosas cansan y nos nunca cansamos.*
338. *Non recuden las cosas todas a un lugar
debe haber el hombre gran seso en lidiar.*

La reflexión se repetiría pronto en la Partida Segunda del Rey Sabio, poco después en textos de don Juan Manuel, como más tarde en los del Marqués de Santa Cruz de Marcenado y hoy se desarrolla en la doctrina de los últimos Papas y el Concilio. Hay en el Poema un sentido realista del miedo al que se alude con naturalidad, pero en una ocasión prende claramente la cobardía en el ánimo de la hueste y llega al extremo de enfrentarse con el Conde el consejo de guerreros

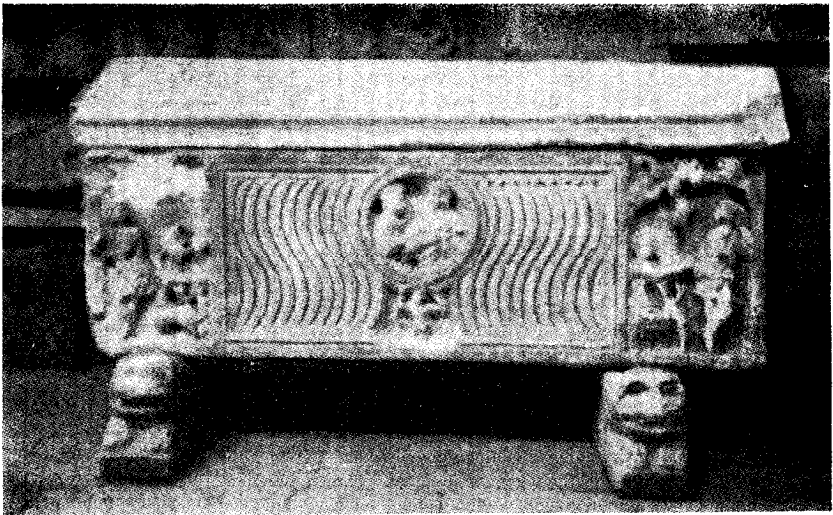
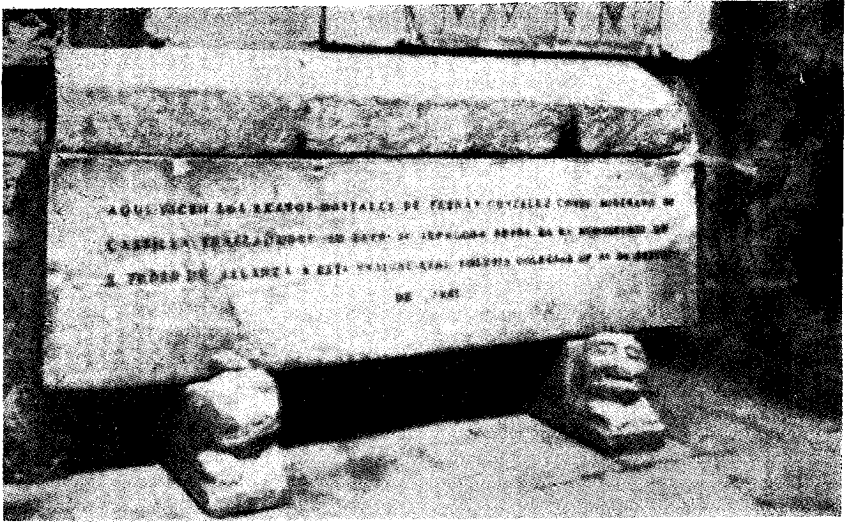
(12) SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *España, un enigma histórico*. Buenos Aires, 1957. *Españoles ante la historia*. Losada, Buenos Aires, 1958.



Relicario del siglo XIV, que encierra el *Lignum Crucis*, un gran trozo de la Vera Cruz, que según la tradición llevaba en las batallas Fernán González colgado al cuello. Se conserva en la Colegiata de Covarrubias (Burgos).



La única huella vital de Fernán González es el signo trazado de su mano, única firma que entonces identificaba a los personajes. Junto al de su madre, Munia Donna, figura en un documento del archivo del monasterio de Silos (Burgos).



Sepulcros con los restos de Fernán González y su esposa doña Sancha (el más lujoso), que se encuentran en la capilla mayor de la iglesia colegial de Covarrubias (Burgos).

para formularle una teoría antibelicista *de paz a cualquier precio*. Se basan en una comparación de fuerzas propias y enemigas, tan inútiles en las grandes ocasiones como para dar un mentís a la cibernética de la decisión, cuando no se *materializan* debidamente las fuerzas del espíritu, lo que no deja de ser el colmo de la materialización. Habla por todos un *sesudo varón*, un «*intelectual*» de entonces, y explica que viene con su hueste, contra ellos, un caudillo moro —que ha de ser Abderramán III y no Almanzor, aunque lo asegure el poeta—, y que es tal la inferioridad de los castellanos y tan poca su razón para la guerra, que lo mejor sería hacer un pacto de tregua o tributo con el enemigo.

204. *De guisa que se pudiese esta lid excusar
non debriemos tregua nin pecho refusar.*

207. *Que fincase la lid por dar o por prometer
Esto es lo mejor que podemos facer.*

Fernán González aprovecha ese desahogo del miedo para dirigirles una arenga reposada, más bien un teórica. Les hace ver que con la tregua pasarán a ser vasallos del enemigo, que no pueden deshonorar la fama de sus abuelos a la que sus padres fueron fieles, y:

220. *por miedo de la muerte nunca yerro hicieron,*

puesto que mejor que excusar la lucha es la honrada muerte. Entonces, como tantas veces —dos más está la frase en el Poema—, la arenga del Conde surtió efecto: «fízoles la vergüenza todo el miedo perder» (e. 317). La vergüenza es aquí móvil del valor, como en las Partidas y en don Juan Manuel, significando hombría y dignidad. Junto a ellas, en los mismos textos, está la llamada a continuar limpia la historia de sus mayores.

Pero hay también rasgos de ese pacifismo sano del caudillo, o mejor del gobernante, que consiste en agotar todos los medios antes de llegar a las armas. Los manifiesta Fernán González en versos del Poema al explicar su línea de conducta con los navarros:

296. *muchos fueron los tuertos que dellos rescibimos,
para se lo demandar nunca sazón tuvimos.*

Dos incursiones sucesivas había sufrido Castilla de ellos mientras el Conde y sus huestes luchaban, contra los moros, primero, y contra

los leoneses, después. Sus mensajeros sólo piden al ofensor, con noble eufemismo, «que saque al Conde de su querella» y lo mejore en su derecho, en su mesura y en su bienestar. Pero la reparación del agravio no podrá conseguirse sino por las armas.

El poético origen del desarme

El monje-poeta explica la pérdida de España por los godos mediante una graciosísima trama de desarme, la cual, tenga o no su antecedente en el cantar de gesta, es la primera manifestación literaria de tan constante tema.

El Conde don Julián, padre de Florinda la Cava, quiere extender a toda España la venganza por la deshonra que el Rey ha hecho a su hija. Don Rodrigo, ajeno a la traición que su afrenta desencadena, envía al conde a Marruecos como recaudador del tributo. A su regreso, don Julián informa falsamente al Rey que ha firmado paces con los moros y cobrado parias por cien años de *coexistencia pacífica*. Como consecuencia de ello le sugiere: «¿Para qué quieres armas, si no has de pelear?» (c. 51). No espera la respuesta ni da tiempo a la meditación. A renglón seguido propone un completo plan de desarrollo económico, del que ha de ser fruto una bucólica placidez.

Hace ver al Rey la inutilidad de seguir pagando a sus guerreros y le convence para decretar una recogida general de armas, las cuales han de ser quemadas, fundiendo sus hierros para hacer herramientas y rejas de arado, con lo que se dará empleo a peones y ganado y aun a los caballeros.

El pasaje tiene tan ingenua expresión y tan concretos detalles, que hace realmente atractivo el desarme con sus fases sucesivas y vale la pena considerarlo con alguna extensión, si bien haciendo una síntesis de sus largas tiradas:

51. *Espadas y ballestas y las lanzas monteras
metedlas en el fuego; haced grandes hogueras.
Haréis de ellas hierros, y de sus guarniciones,
picas y azadas y picos y azadones.*
53. *Todos labren por pan, caballeros y peones.*
55. *No has a los caballeros por qué darles soldadas;
labren sus heredades y vivan en sus posadas.
Con mulas y con caballos hagan grandes aradas,
que eso han menester ellos y no otras espadas.*

72. *Aquel que armas trajere y le fuese sabido,
háganlo lo que hacen al traidor enemigo.*

El rey Rodrigo, convencido por tales razones, tan provechosas a todas luces, pero sobre todo a las de la economía y prosperidad que del pacífico acuerdo se seguía, reunió toda la Corte de España y la hizo saber su decisión, siguiendo puntualmente lo aconsejado. Sólo omitió lo de hacer labrar a los caballeros, tal vez por encontrarlo demagógico, impolítico y difícil, tanto como poco rentable. No tardaron en llegar las consecuencias:

72. *Cuando fueron las armas desechas y quemadas,
fueron aquestas nuevas a Marruecos pasadas.
Las gentes africanas fueron luego juntadas,
al puerto de la mar fueron llegadas.*

El poeta no se extiende en describir batallas, porque la situación no las hacía posibles. Dice, sí, que la gente acudió pronto a la llamada del Rey, pero inútilmente:

78. *Cuando hubo don Rodrigo sus poderes juntados
era poder sin guisa, mas todos desarmados.
Lidiar fueron con moros; lleváronlos sus pecados,
que les fue de los profetas esto profetizado.*

Y aquel simbólico desarme, que desarme hubo, aunque de otro orden, costó a España ocho siglos de guerra con los moros.

El desarme del rey Rodrigo, que el primitivo juglar imaginó, lo recogía la crónica del Tudense en 1236, anterior a la versión del poema de clerecía que ha llegado a nosotros, así como otros datos figuraron ya en 1160 anotados por el Najerense en la suya.

Escribo esto exactamente en el quinto aniversario de cierto mensaje de desarme que Nina Kroucheva, primera dama de la U. R. R. S. entonces, dirigía a las mujeres norteamericanas. Era como la última leyenda en prosa sobre el tema, con la inocente sencillez y convicción que tenían las palabras del conde don Julián, cuyo paralelismo es inevitable para cualquier lector, que acaso encuentre mayor fuerza de persuasión en la fórmula medieval. La esposa de Krouchev decía así: «He recibido cartas de mujeres de varios puntos de los Estados Unidos, y en ellas me preguntan qué podemos hacer para impedir la guerra y preservar la paz: Que nos dejen hundir las bombas atómicas con las

otras armas en lo más profundo del Océano, y que nos dejen vivir sin armas como buenos vecinos» (13).

La moraleja estaba dicha nueve siglos antes en primitivo verso castellano. Como una prudente advertencia para quien se anticipase con ingenuidad suicida.

La personificación del *desarmista* a ultranza la puso Cervantes en el bachiller Sansón Carrasco, que, empeñado en desmilitarizar a Don Quijote, no paró hasta conseguirlo *por las armas*, ejemplo típico y tópico de tantos que predicaron *guerra a la guerra* con pacifismo. Hoy, gracias a Dios, el desarme y el pacifismo siguen caminos sanos de la moral cristiana y las continuas llamadas de los últimos Pontífices hieren hondamente la conciencia de los hombres de gobierno, fomentando el diálogo de fraterno amor entre los hombres de buena voluntad.

Unos moros astrosos y carbomientos

Los *moros* del Poema aparecen pintados con curiosas costumbres derivadas en una actitud tendenciosa del poeta, quien tiene empeño en mostrar su conducta relacionada con extrañas prácticas de antropofagia. Los moros de Tarik, al invadir España:

85. *prendían a los cristianos y mandábanlos cocer.*

Por si hubiese duda, en otro lugar completa la idea del destino previsto para aquel conocimiento:

87. *cocían y asaban a los hombres para comer.*

Pero el Poema se rectifica a través de sus páginas tal vez porque los moros enemigos de Fernán González no son tan salvajes como los del Rey Rodrigo. Porque el Conde, en sus arengas, explica así la suerte de los que resulten vencidos de los moros: «Si fuésemos vencidos se vengarán en nosotros, seremos cautivos, hambrientos y afrentados. Los hijos y las hijas que tanto queremos nos los harán cautivos y no podremos ayudarlos y jamás los veremos, donde nos manden ir, allí iremos por fuerza.»

(13) NINA KROUCHEVA: Mensaje radiado a las mujeres de todo el mundo, 18 de febrero de 1962.

En la época en que se escribe el Poema, aún con terribles resonancias de tradición y leyenda, el nombre de Almanzor es tópico para designar cualquier jefe árabe importante. No debe extrañarnos, pues, que el poeta llame así al enemigo de Fernán González, incluso variando el nombre que llevó en la gesta primitiva, para acentuar el mérito del castellano, capaz de vencer a tan terrible enemigo, cuando en realidad se trata de Abderramán III.

La permanente hostilidad del Conde de Castilla hacia los moros y su apartamiento de cualquier tratado con ellos, como corresponde a su elevado ideal de reconquista, está históricamente ratificado por las crónicas árabes. Es más, consta que el Conde recriminó al Rey de Navarra el haberse hecho amigo de los musulmanes y pelear contra cristianos en Castilla, como se recoge en el Poema. Se sabe también que en otra ocasión se enfrentó a las autoridades y a las tropas musulmanas porque los Reyes de Navarra y Aragón no se atrevían a compartir su actitud. Aunque también consta, como caso único, que para defenderse del ataque de leoneses y navarros, apeló al auxilio de los moros, con los cuales logró entrar en Zamora.

La pasión antiislámica del poeta es de las más encendidas que se encuentran. Todos sus calificativos de los moros son despectivos u hostiles, siempre son bárbaros y salvajes de intención, como el carbón de negros, sucios y *carbonientos*, más feos que Satán con todo su convento (e. 384). No pierden ocasión de ridiculizarlos. Es curiosa su pintura de Almanzor, ya que en la batalla de Carazo, la primera del Conde, vencido como Goliat por David, demuestra su poder el Mesías frente a Mahoma, de tal modo que así lo interpreta el mismo caudillo moro, cuando su derrota está en relación con su perversidad y huye como inicuo:

265. *Foía Amazone a guisa de algarivo,
diciendo: Ay, Mafomat, en mal hora en ti fío,
non vale tres arvejas todo tu poderío.*

Tal blasfemia islámica es realmente inusitada, máxime cuando no se trata de un sentimiento real, ni en el Poema, pues vuelve a pelear. En cambio, le sigue un par de versos veristas según la idea con que la historia de su tiempo nos pintó a Almanzor:

266. *Todo el mi gran poder es muerto e cativo:
Pues ellos muertos son, ¿por qué finco yo vivo?*

En el retrato que del caudillo árabe hacen sus cronistas aparece con gran preocupación y desvelo por la vida de sus hombres y lamentaba de corazón sus bajas, un modelo de jefe humano, que debió ser bastante real, aunque las biografías enemigas se empeñaron en hacerle prototipo de maldad.

EL FACTOR MORAL

El mérito del soldado

Podríamos recoger numerosas citas de la voluntad de vencer, ese principio fundamental del arte de la guerra que es inicial e indispensable en todas las doctrinas. En un rápido examen de las cualidades militares que el poema pone al Conde, la voluntad de vencer queda expresada en una seguridad tan firme que contagia a todos:

225. *Amigos, de una cosa soy bien sabidor,
que venceremos, sin duda, al moro Almanzor.*
223. *Venceremos los poderes del moro Almanzor;
sacaremos a Castilla de premia e de error;
él será vencido, yo seré vencedor.*

Para infundir esa seguridad en sus guerreros, ha de hacer que se apoye en la confianza en su caudillo, que les conducirá a la victoria, pero el espíritu democrático del Conde unido a su mando, tan humano, hace que considere su triunfo como fruto del esfuerzo de todos, no de una genialidad infusa suya:

225. *De todos los de España farédes de mí el mejor,
será grande mi honra e la vuestra mayor.*

Es una inefable manifestación de humildad militar, la que el monje poeta pone en su héroe, finísimo detalle que ni en el *Mío Cid* destaca con tanta fuerza. Virtud descuidada en biografías de los grandes caudillos porque muchos de ellos se olvidaron de valorar el esfuerzo de sus soldados en el balance del triunfo. Lo recordaba hace unos años el Caudillo Franco y conservo la ficha bajo el título: «El mérito del capitán y el mérito de sus soldados». Dirigiéndose a éstos les decía: «Vosotros, con harta generosidad, cometéis el error de todos

los tiempos, de conceder la gloria y el mérito al capitán. Y eso, no. Me ha pasado muchas veces en la vida militar, recibir como capitán que manda y conduce, los méritos y la gloria de la victoria. Y, sin embargo, los méritos no estaban solamente en el que conducía. Estaba en la disciplina, en el orden, en la efectividad constitucional de los ejércitos y, sobre todo, *en los hombres que me seguían*, en los hombres que trabajaban, que tenían fe, que se sujetaban a una disciplina y hasta morían por un ideal (14).

He aquí cómo la línea de la ética de lo que se llama espíritu militar tiene una raíz de justicia cristiana que se advierte desde los primeros Condes castellanos hasta el Caudillo más reciente.

En cada batalla hay el mismo aplomo del poeta al mostrar el ánimo del Conde, lo que hace pensar en una base real, por otra parte no desmentida por la historia ni por el carácter de los Condes castellanos. El autor del Poema considera ese ánimo optimista indispensable para granjearse la ayuda divina hasta el extremo de hacerse invencible:

192. *Mas nunca fue vencido en toda la su vida.
Quiso Dios al buen Conde esta gracia facer,
740. que moros nin cristianos non le podían vencer.*

Esta aureola de invencible era el más firme sostén de la fe que en el Conde tenían sus hombres. El caudillo ha de estar revestido de algo sobrenatural, que afirma la seguridad de todos.

Cuando la arenga es poco

Los sermones, alocuciones y arengas del Conde a su hueste son constantes y siempre eficaces, hasta recordando aquel influjo del valor que el Cid ejerció sobre el medroso asturiano Martín Peláez, sólo con sentarle a su mesa y hacerle comer en su mismo plato. He aquí dos muestras de ello:

447. e. *Cuando hobo el conde dicho estas razones
fueron todos confortados, caballeros e peones.
534. No es el hombre en el mundo el que al Conde oyese
que en ninguna manera ser malo pudiese.*

(14) FRANCISCO FRANCO: Discurso del 1.º de octubre de 1963.

Claro está que *ser malo* alude a su conducta militar, y aún puede decirse que en lo relativo al valor.

No desatiende el Poema los alaridos o gritos de guerra. Como el Cid, Fernán González alienta a los guerreros diciendo su nombre, fórmula común en los tiempos de ambos. Su término común es: «esforzad, castellanos» (c. 223), pero además personaliza su caudillaje:

531. *Dicé: Yo soy el Conde, esforzad castellanos
feridos de recio, amigos e hermanos.*

El Cid lo había dicho así en versos de su juglar:

1.139. *Feridlos, caballeros d'amor e de voluntad
ca yo soy Roy Díaz, mío el de Bibar.*

En cuanto al enemigo: «Con las voces de don Fernando, todos eran desmayados. El grito general responde a la tesis del Poema, porque su voz es sólo: «¡Castilla!» y el efecto es tan positivamente eficaz en las tropas del Conde, como desmoralizador en las musulmanas: «Cuando oían ¡Castilla! todos se esforzaban». A pesar de que Santiago ha prometido acudir en su ayuda con escuadrones celestiales, a pesar de que el poema del Cid ya ha surgido por dos o tres veces el grito de ¡Santiago! como réplica al de ¡Mahoma!, sólo una vez en el poema de clerecía invocan los cristianos al Santo Patrón: «llamando a Santiago, el apóstol honrado» (c. 514), hay como un afán castellanista del patronazgo de San Millán, frente al leonés-galleguista de Santiago, falseando incluso la realidad al hacer ver que el Conde no quiere peregrinar a Compostela con su rey, cuando consta que acompañó a Sancho el 13 de noviembre del 956, aunque con el nombre de Faredenandus, que le dan los gallegos (15).

Quizá la reflexión más militar del Poema esté en esos versos que dicen:

299. *en nos los acometer en nuestra la mejoría
por cuanto ellos son mayor caballería.*

Estamos en plena exaltación del espíritu ofensivo. Fernán González no disimula la fortaleza del enemigo. Como César: cuando sus

(15) DOM JUSTO PÉREZ DE URBEL: *Fernán González, el héroe que hizo a Castilla*. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1952.

soldados se amedrentan ante la noticia de unas tribus enemigas de gigantesca estatura y corpulencia, su general les dice, que en vencer enemigos iguales a ellos no se vería su esfuerzo y su mérito, y que esa es la ocasión de hacerse famosos, así el Conde les explica: «ellos son más que nosotros, muy esforzados, diestros y bien armados...»

303. *Por eso ha menester que nos los acometamos.
Si ellos nos acometen, mejoría les damos.
Si ellos entendiesen que nosotros non los dudamos
dejarnos han el campo ante que los firmos.*

345. *Non debe el que puede esta lid alongar,
Un día que perdamos nunca lo podremos cobrar.*

Hay sugerencias que van desde el popular dicho de «el que da primero da dos veces», hasta el aforismo tácito de «la mejor defensa es el ataque», o el histórico: «a enemigo mayor, más corta espada».

Ha quedado señalado ese factor moral por el cual sabe que el enemigo huirá ante su acometividad, aún siendo más fuerte y numeroso. Ese predominio del factor moral es el imponderable de la batalla que recientemente exaltaban los norteamericanos, es el que Fernán González explica a su hueste:

300. *Sepades que en la lid son todos normales,
más vale cien caballeros todos de un cor iguales
que non facen trescientos de los descomunales.*

En concepto de Prim en la «arenga de las mochilas» tiene aquí ya su expresión equivalente y paralela, cuando el Conde hace ver su decisión de adelantarse al peligro:

304. *muerto seré de pelea o en queja me veredes;
veré, vos castellanos, como me acorresdes,
menester vos será cuanta fuerza tenedes.*

Lo dice y, sin pausa, parte al golpe hacia el enemigo. Sus vallos se contagian ante tal ejemplo, que no sólo supera la desmoralización, sino que acrecienta el valor:

532. *Los cristianos lacerados, cuando aquesto vieron,
aunque eran mal andantes, todo el miedo perdieron.*

555. *acrecentóles esfuerzo, todo el miedo perdieron.*

Es un momento concreto, en que la arenga sirve, ante la situación desesperada y la misma voluntad de vencer necesita algo muy inmediato y activo que no sean palabras confortadoras, a las que tampoco el enemigo da demasiado tiempo. Entonces ya no son la arenga y el griterío los que arrastran, es el ejemplo de su audacia.

El viva la muerte y el suicidio militar

La mejor frase de Fernán González es ajena al Cantar. La recoge el infante don Juan Manuel, no sé de dónde, como paradigma de tenacidad: «Amigos, por las heridas no lo dejemos, que estas heridas que ahora nos darán, harán que se nos olviden las que recibimos en la otra batalla» (16). Es toda una arenga de estoicismo que el rasgo es común a todas las regiones. El Poema encierra senequista, o mejor de ascética militar castellana y española, ya también un anticipo del *viva la muerte*, cuando dice:

438.

*Ligera cosa es la muerte de pasar,
muerte de cada día muy mala es de endurar.*

Hay en esos versos como un eco de la frase de Santo Domingo de Silos repetida por Calvo Sotelo en ocasión heroica: «Más vale morir con honra que vivir con vilipendio», de la que Cervantes hace decir a Don Quijote: «Más bien parece el soldado muerto en la batalla que salvo en la huida». Es toda una teoría clásica en el espíritu militar español, pero se me antoja que la expresión del Poema tiene aromas del Kempis o de la *Preparación para la Muerte*, de San Alfonso María de Ligorio, traducida en España por Ortiz de Zárate —un teniente coronel que supo mucho del idioma y del tema—, y que se hizo realista en Millán Astray al decir en el Credo Legionario: «No se muere más que una vez, y la muerte llega sin dolor».

Junto a esto encontramos en el Cantar una nota del peor tono romántico, que llega a intrigar a quien repara en ella, porque es totalmente ajena al espíritu de las dos épocas: la de la gesta inicial y la de la refundición de clerecía, pero sobre todo a la ética del monje autor de la última. El Conde, ante toda su hueste reunida en

(16) INFANTE D. JUAN MANUEL: *Libro del Conde Lucanor*. Publicado por Rivadeneira en Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 51.

consejo, expresa su propósito para el caso de un resultado adverso en la batalla:

444. *Ni preso ni cautivo no me dejará hacer,
matarme he yo antes que ser en su poder.*

La expresión merece un detenido estudio. Resulta demasiado estridente ese *suicidio militar* encuadrado en el tomo cristiano de la obra. Fue algo, por desgracia, practicado en épocas modernas por puritanos de un mal entendido honor militar británico y francés especialmente. Aquí no parece encajar ni en el lugar ni en el tiempo. Por una sola vez lo militar desafina de lo religioso, y no basta pretender explicarlo en reminiscencias bárbaras medievales. Sólo tiene paz en temas heroicos, en lo que el Romancero pone en boca del Cid joven diciéndole a su padre: «Que os he de facer vengado o me mataré yo mismo», pero el Romance que lo contiene que comienza: «Consolando al noble viejo está el valiente Rodrigo», es unos tres siglos más moderno.

Hay otra curiosa idea llena de espíritu caballeresco, que a primera vista resulta también extraña, ahora por lo que toca a la milicia.

213. *Por engaño ganar no hay cosa peor.
más vale ser engañado que ser engañador.*

Considerando a la ligera, va contra la esencia misma del combate, en que el factor fundamental de la sorpresa constituye un elemento del arte de la guerra, basado en el engaño, y el ardid bélico fue siempre practicado sin reproche. Aquí, en realidad, tal engaño no se refiere a lícitos ardidés de guerra, sino a la deslealtad a la palabra dada al enemigo, como la proponen al Conde para salvar un trance apurado; porque cualquier género de maquiavelismo político repugna al pensamiento militar cristiano, de entonces y de ahora, pese a que aún siga debatiéndose el problema de la palabra de honor empeñada al enemigo por el prisionero, que si es vínculo de iniquidad, en pugna con el deber, el honor militar hace que para evitar conflictos de conciencia no deba empeñarse nunca, como es preceptivo en España.

Mil contra uno: Colosalismo medieval

En cuanto el Poema da cifras y proporciones, llama la atención su tendencia constante a exagerarlo todo. Por una parte, el esfuerzo de los castellanos, venciendo siempre con su inferioridad extraordinaria; por otra, el enormismo con que se redondean los números sin ningún sentido de verosimilitud. En Carazo se evalúa así la fuerza de Almanzor:

198. *si todos los contásemos, caballeros e peones,
serían más por cuenta de cinco mil legiones.*
200. *Mayor poder nunca viera hombre nacido.*

Para la batalla de Hacinas despliega Almanzor 30.000 vasallos lorigados y los peones, «no sería por ninguna guisa contados» (e. 380). Muchos son, pero creemos saber que los moros tenían con frecuencia más peones que caballeros. En cuanto a lo de lorigados, era extraordinario por entonces que los cristianos tuvieran 300, cosa que admiraba a los moros, siempre armados a la ligera. Indudablemente el dato pertenece a la tardía refundición, más de un siglo después de Fernán González. El Cid pretende asustar a sus enemigos haciéndoles llegar el rumor de que cuenta con 8.000 caballeros cubiertos de lorigas, en el colmo del infundio verosímil para ser eficaz. Es que las lorigas de malla de acero eran entonces un índice de poder bélico como luego lo han sido los acorazados, los submarinos, carros y aviones, y hoy se mide la potencia militar de un país por el número y características industriales de sus cohetes.

En Hacinas el ejército del Conde castellano forma en tres cuerpos, que suman un total de 450 caballeros y 15.000 peones (e. 412), cosa extraña que nuevamente hace suponer que el poeta es profano en materia de organización militar elemental, pues no se sabe que nunca hubiese más de cinco o seis peones por cada caballero, es decir, que siendo ciertos los 450 caballeros, habría unos 3.000 peones a lo sumo.

Aquellas 5.000 legiones musulmanas dispuestas a la batalla de Carazo, van a ser vencidas por una minúscula fuerza castellana; el enormismo se hace descriptivo, el poeta se crece y despliega su fantasía hasta ver los guerreros en el campo y relaciona unas fuerzas con otras, para que no se piense que en sus datos hubo ligereza ni error:

253. *No hay hombre en el mundo que contase los paganos;
todos estaban cubiertos los oteros y los llanos.*
252. *Por cada cristiano había mil descreyentes.*
259. *Semeja poca cosa, pesada de entender,
trescientos caballeros tan gran pueblo vencer.*

En todo ello se advierte una clara influencia de las gestas francesas que redondean y exageran a su gusto, para resaltar hasta lo increíble la descripción que mide el esfuerzo de sus héroes.

La persecución de Hacinas la llevan los cristianos hasta Almería, con imprudencia táctica que les aparta así a unos pocos de sus bases de partida sin motivo ni objetivo alguno:

557. *Hasta dentro en Almería a los moros atacaron;
un día y dos noches siempre les alcanzaron.*

Ya es correr también. De Burgos a Almería en día y medio. El cantar de gesta tendría esa persecución de día y medio *hasta la frontera*, que efectivamente estuvo en Almería por la época en que escribió el supuesto monje de Arlanza. Sin aumentar los días de la marcha, el poeta les aumenta la tierra a recorrer, conquistada en unos dos siglos y medio transcurridos de Reconquista. El monje, con sentido histórico pone la frontera en su sitio, no en el antiguo, y se queda tranquilo de la rectificación. De todos modos la desproporción de tropas es notable en Hacinas: 300.000 moros frente a 15.450 castellanos, aunque sea mayor la de Carazo.

En cambio resulta extraño y significativo que en el desafío de Cirueña, los siete castellanos no se decidan a luchar contra más de treinta navarros que les hacen traición, pues se había acordado que sólo acompañarían seis caballeros a cada contendiente: el rey de Navarra y el conde de Castilla. Claro es que rehusan la lucha por causa de la traición, que sorprende a los castellanos desarmados. La grandiosidad sensacionalista que el poeta necesita se vierte aquí en el hecho prodigioso de que el cielo muestra su desaprobación del engaño, partiéndose de arriba abajo el altar de la iglesia donde Fernán González se acogió a sagrado, y donde sólo se entrega «a salva fe juramento», fiado en la caballerosidad de quienes le engañaron.

Estruendo bélico

«El sentido épico se aviene mejor con el origen juglaresco del Poema que con el ambiente devoto del monasterio», dice Valbuena Prat. Esta acertada observación, junto a otras ideas desarrolladas, francamente anticristianas, que venimos señalando, en contraste con piadosos pormenores acertados en lo teológico y aun en lo místico, me hacen preguntar si tan desigual formación religiosa no será debida a que el autor es hombre seglar, documentado en religión, pero de modo incompleto, y acaso el autor del siglo x fuese en realidad el verdadero monje. Ello explicaría también la errónea descripción de Arlanza y sus alrededores, inexplicable en un monje del convento, como siempre se ha venido reconociendo al clérigo poeta. La fuerte inclinación a descripciones bélicas, si bien sea en ellas mayor el ruido que las nueces, podría indicar la posibilidad de que escribe alguien familiarizado con las armas, si bien, por el mismo razonamiento que hago en el estudio del *Mío Cid*, es más lógico pensar la inversa: Un juglar guerrero y un mensajero del mester de clerecía.

Sea de ello lo que fuere, ¿cuál sería el motivo para que el fraile cantase al héroe? Indudablemente, en este caso, la familiaridad del Conde con el monasterio, como lo fue la del Cid con Cardaña, la del almirante Bonifaz con el convento de San Francisco, burgaleses todos, o en Italia la del Gran Capitán con la abadía de Montecassino.

Valbuena encuentra en el Poema «mucho ruido bélico, crujir de armas, espadas y lanzas partidas, chocar de escudos, ímpetu de pelea». Erudito de factura, pero popular y heroico de espíritu, pueden recogerse en él muchos versos llenos del furor bélico de las gestas (17).

En un examen de coincidencias entre formas de descripción bélica, recojo parte del estruendo de armas en los tres poemas fundamentales, así como su inmediata relación con fórmulas francesas, aunque nunca falta un matiz castellano. Pero la abundancia de versos impregnados del ruido del combate en el Poema del buen Conde, vale la pena de alguna mayor detención.

Hay en él como un tema acústico de preocupación constante por el ruido, por eso la mejor denominación de tal aspecto sería la de estruendo bélico. Suele ir mezclado con un interés de extensión y unicursalidad

(17) ANGEL VALBUENA PRAT: *Historia de la Literatura Española*, Madrid, 1956, Tomo I (pág. 47).

de tales ruidos, como un afán de que retumben en la historia a través del espacio y de los tiempos, con trascendencia histórica. Los moros, como entonces, entran en acción con su algarabía bélica, como ahora y como siempre. En la estrofa 90 aparecen esos términos, pese a que el motivo parece desproporcionado para tal resonancia:

90. *Tañiendo añafiles e dando alaridos;
las tierras e los cielos semejaban movidos.*
254. *Facían alegría los puebllos descreídos,
venían tañiendo trompas e dando alaridos,
daban los malfadados atamaños roídos
que los montes e los valles semejaban movidos.*
512. *Dando muy fuertes voces e grandes apellidos,
los montes e valles semejaban movidos.*

Ese movimiento telúrico estaba ya también en el *Libro de Alexandre*: «Semejaba que era sierra movida (1194), vimos ya qué gritos daba el dragón, su trascendencia repercutía también en todo el cielo:

468. *Semejaba en los gritos que el cielo se partía*

En la de Hacinas, el ruido es ya del combate general, no hay que atribuirlo a ninguno de los dos bandos; el verdadero fragor de la batalla, en el chocar de las armas:

502. *A los golpes que daban, las sieras reteñían.*

El Conde Fernán González, buen ejemplo para Grouchi en Waterloo, acude al ruido de la batalla: *a la llamada del cañón*, como se dijo en tiempos de Napoleón en frase preceptiva:

310. *Oye el ome a lo lejos las ferridas sonar,
no oirían otra voz sinon hastas quebrar,
espadas reteñir, e los yelmos cortar.*

Es la lucha contra el Rey de Navarra. En la de Hacinas nos describirá el poeta otra sensación acústica del combate, con variante muy ligera.

523. *Reteñien los yelmos, las espadas quebrar;
ferían en los copillos, las lorigas falsar.*

Por último, en la batalla final contra Navarra, otra vez la ponderación auditiva, más que sonora, expresando cómo la batalla podría oírse en un momento a gran distancia:

692. *podrían a grand mijero bien los golpes oír.*

Eso es todo, o casi todo. Más que descripción de batallas, que si la hay un tanto explícita en comparación con las del *Mío Cid*, más que organización, logística y táctica, hay estruendo bélico pero con esta especial nota de la preocupación por el ruido, el sonar y su consecuencia de oírse a distancia. No es sólo el lógico chocar de armas, sino los toques de trompas y añafiles, alaridos y voces de llamada (*apellido*) de los moros. Ello por sí, o los gritos del dragón, son suficientes para semejar que se mueven los montes y los valles, los cielos y la tierra, sin necesidad de justificarlo en ruidos más potentes, como se hace en el equivalente del Cid, basándose en tambores almorávides, de gran fondo y grave retumbar, o en la galopada de cinco mil legiones de Almanzor, como el *Fernán González* presenta, lo que haría la metáfora menos inverosímil.

Es de notar también que sólo los moros producen tal sensación de terremoto o tormenta, pues los cristianos limitan su resonancia guerrera al sonar o reteñir de las armas. Ello nos hace ver que así como en el *Cantar del Cid* los tambores almoravides, ponen pavor en las tropas castellanas, sin duda con su sonido, aquí producen el mismo efecto, un siglo antes, los gritos de guerra y salmos rituales musulmanes para la acometida. Quizá el primitivo juglar lo anotó ya por haberlo experimentado en su propio ánimo.

Es ésta una sensación importante del Poema, donde contrasta como en ningún otro cantar la erudición de forma con el espíritu popular y heroico, y donde, pese a la culta refundición de la clerecía, se localiza bien el primitivo canto juglaresco, hecho para que los oyentes del Cantar percibiesen en la onomatopeya de términos sonoros algo del fragor bélico que se quería evocar y revivir.

La furia española

Hay otro aspecto, lo he llamado furor bélico, que aún en términos deportivos tiene ciertos residuos en la denominada hoy *furia española*, y que con mayor precisión militar y menos reminiscencias

bárbaras llamaríamos combatividad o espíritu combativo. Vale la pena recoger alguno de los versos en toda su expresividad, por lo que se presta a estudios comparativos, filológicos, estilísticos y aun histórico militares:

312. *Fuéronse a ferir cuan de recio pudieron.
Cuitáronlo afirmes, daban lid presurada,*
322. *reteñían en los yelmos mucha buena cuchillada;
daban e rescebían mucha buena lanzada,
e daban e rescebían mucha buena porrada.*

Esa última copla, tal vez del refundidor, que ha querido reforzar una descripción breve, denota cierta falta de inspiración, y sus reiteraciones caen en la vulgaridad. El término *porrada* parece anacrónico e indocumentado. Si se refiere, como parece, a golpes de maza, este arma tardó mucho en ser adoptada por los castellanos y nunca abundó. En la época de Fernán González puede decirse que a lo sumo recibirían porradas, pero no las darían por falta de armas contundentes.

Hay versos de realismo muy concreto y carnal, que no reflejan por ello indudable verismo, como en el *Mío Cid*, sino una especial atención del poeta al pormenor minucioso, imaginando el combate cuerpo a cuerpo. No es propiamente anticipo del tremedismo, sino que en toda literatura de guerra de cualquier época se repetirán este tipo de descripciones brutales y descarnadas, lo mismo en fantásticas gestas francesas que en crónicas árabes, donde difícilmente pueden eliminarse fantasías orientales, pese a lo riguroso de muchos de sus relatos. He aquí algunas escenas del pretendido monje de Arlanza, mero refundidor en esto, sin duda, del primitivo cantar juglaresco: Primero, las heridas de Fernán González en un trance apurado de su lucha con el Rey de Navarra:

315. *El Conde fue del golpe fieramente llagado,
ca tenía gran lanzada por el diestro costado.*

Luego, en la descripción de la batalla de Hacinas, el Conde de Castilla lucha cuerpo a cuerpo con un gigantesco Rey (caudillo) africano, quedando los dos malheridos:

492. *Fueron muy mal feridos e estaban embazados;
fablar non se podían, tanto eran mal golpeados,
eran de fuertes golpes ambos a dos llagados.*

493. *En Conde don Fernando, magüer que malferido,
en antes que el entró en todo su sentido;
del Conde fue el rey otra vez malferido,
fue luego del caballo a tierra abatido.*

En la misma batalla queda muerto el caudillo del primer haz, don Gustio González, aquí se señala un dato interesante, no muy común en la época, cuando un poeta pone en boca de su héroe un franco elogio del enemigo:

525. *Un rey de los de Africa, valiente caballero,
ferrióle de una espada por medio del capiello.
El capiello e el almófur e la cofia de armar.
hóbolo la espada ligera de cortar;
hobo fasta los ojos la espada de pasar,
de aqueste golpe hobo don Gustio a finar.*

El posterior encuentro del Conde, con el moro vencedor, que debía ser distinto del que antes había vencido él, se nos describe sin grandes diferencias del anterior combate de Fernán González:

537. *Firióle luego el Conde e partióle el escudo;
rompióle las guarnciones con fierro mucho agudo;
el rey moro de muerte amparar no se pudo,
fue del caballo ayuso a tierra abatido.*

La falta de consonancia del último verso puede ser debida a una modernización de la palabra por el refundidor. El primer plano final que recogemos se refiere a la victoria del Conde sobre su cuñado, el Rey García de Navarra. Es de los más gráficos y queriendo expresar lo mismo de aquél «tantos pendones blancos, rojos en sangre sacar» que recordamos en el estudio del *Mío Cid*, el autor del poema de Fernán González, que conocía aquél, no utiliza sus términos, prefiere algo menos poético, que no desvíe la atención hacia el aspecto colorista. Ya había dicho en ocasión semejante, «dos fierros de las lanzas a una parte salieron», y ahora acentúa el aspecto *carnal*:

695. *Ferrió el rey García el señor de Castilla,
atamaña fue la ferrida que cayó de la silla;
metióle toda la lanza por medio la tetilla,
que fuera de la espalda pareció la cochilla.*

Resalta el Conde en una visión muy plástica, que parece pedir el pincel de Marcelino Santamaría, que fue buen burgalés. El Conde,

pese a que tenía su alférez, Orbita el de Cardeña, lleva su pendón en una mano y la espada en la otra, y galopa desafiando al Conde de Tolosa :

363. *Metióse por las haces muy fuertemente espoleando,
la lanza sobre mano, el su pendón alzando.*

Coloquio tremendista

Hay unos versos de sabor modernista, muy del tiempo y muy de hoy, pues no desentona de descripciones bélico-novelísticas o poéticas actuales, cuando en su vivacidad y desenfado ambiental se habla con argot de la última campaña, de la *verbena*, que es combate nocturno ; de un *festival* de tiros, o de *meterse* en *juerga* (18). Fernán González está en este orden de metáfora cuando dice :

391. *Con moros e con cristianos métome en gran bollicio*

Luego, con sensación viva para quien ha combatido en veranos calurosos del valle del Ebro, la llanura manchega o avanzado por la carretera castellana, esa desagradable sensación del polvo reseco de las pestañas, masticado inevitablemente en la boca pastosa. Aquí el realismo es tan vivo, que hace pensar en quien lo ha sentido él mismo en el combate, o lo vive con la sensibilidad imaginativa del puro poeta :

506. *Tenía llenos de polvo la boca e los dientes,
que apenas podía hablar por confortar sus gentes.*

El poeta parece que ha visto la escena y ha sentido, junto a Fernán González, esa dificultad. Unos versos antes, el realismo ha tomado un tono casi tremendista que hoy nos llevaría a pensar en páginas los autores citados y aun del propio Cela. He leído en textos de Malaparte descripciones semejantes a éstas :

495. *El caballo del Conde tría grandes lanzadas,
venía fasta los pies las entrañas colgadas.*

(18) Véase esta interesante jerga de combatientes en RAFAEL GARCÍA SERRANO : *Diccionario para un macuto*, Segunda edición, Madrid, 1967.

El tema de los caballos no es de los menos atendidos del poeta. Ya al principio alaba los caballos castellanos, en la enumeración de las maravillas que hay en su tierra:

153. *De los buenos caballos aún mención no vos ficiemos,
nunca tales caballos en el mundo non viemos.*

Luego son temas para justificar en la falta de jinete las grandes bajas de caballeros en cada batalla:

692. *Salía mucho caballo vacío con su silla.*
692. *Facían muchos caballos sin señores salir.*

Lo mismo en lucha con el rey moro de Córdoba que con el cristiano de Navarra.

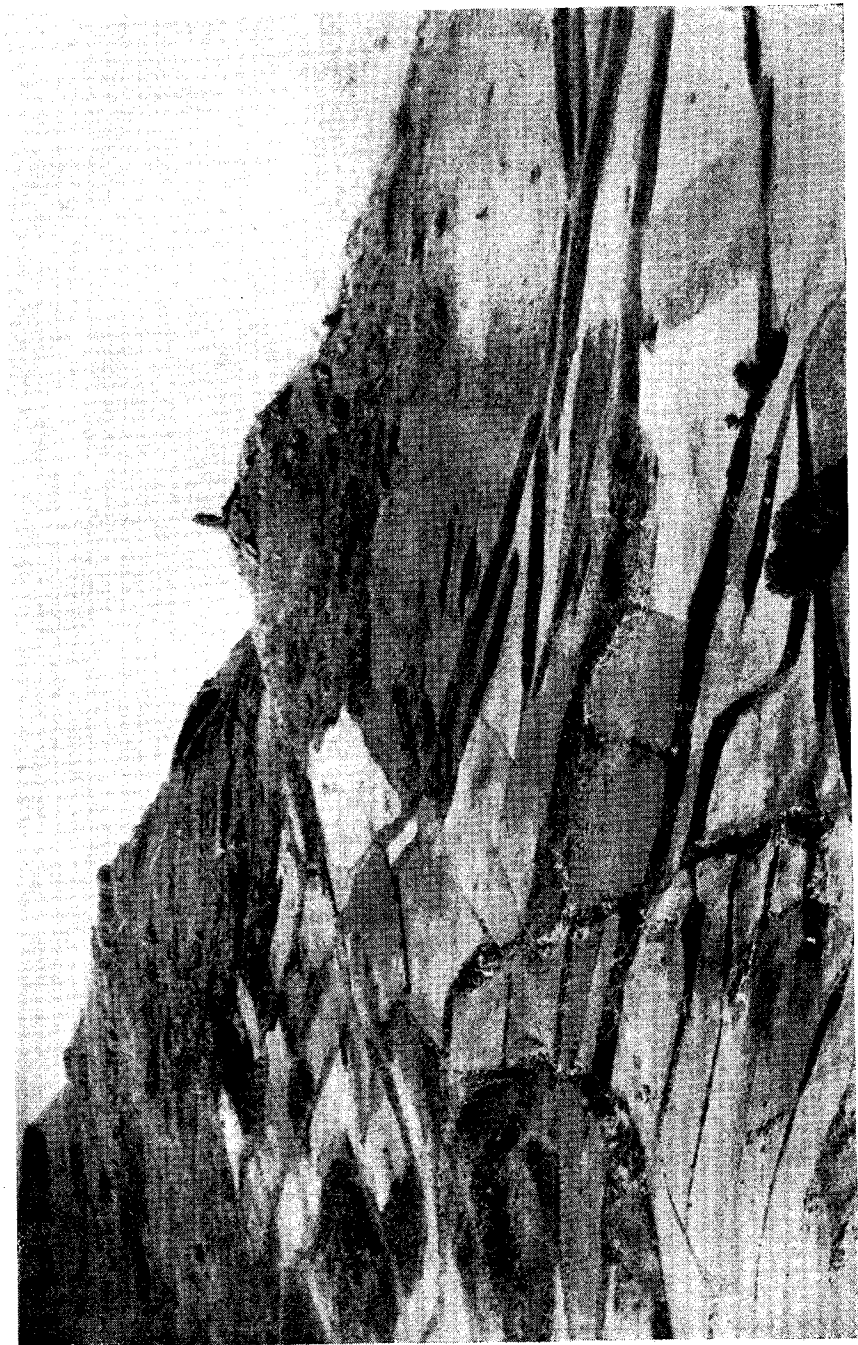
Otra expresión vital y colorida está en el tema de la sangre, que aunque no aparezca más que en dos ocasiones, tiene fuerza suficiente para llamar nuestra atención de observadores modernos:

321. *La sangre de la cara toda se la alimpiaron,*
558. *Como estaban sangrientos, a duro los conocían.*
501. *Corría mucha sangre por do él agujijaba,
iban grandes arroyos como fuente que manaba.*
738. *De sangre los arroyos mucha tierra cobrían.*
688. *Hobo en poca de hora mucha sangre vertida.*

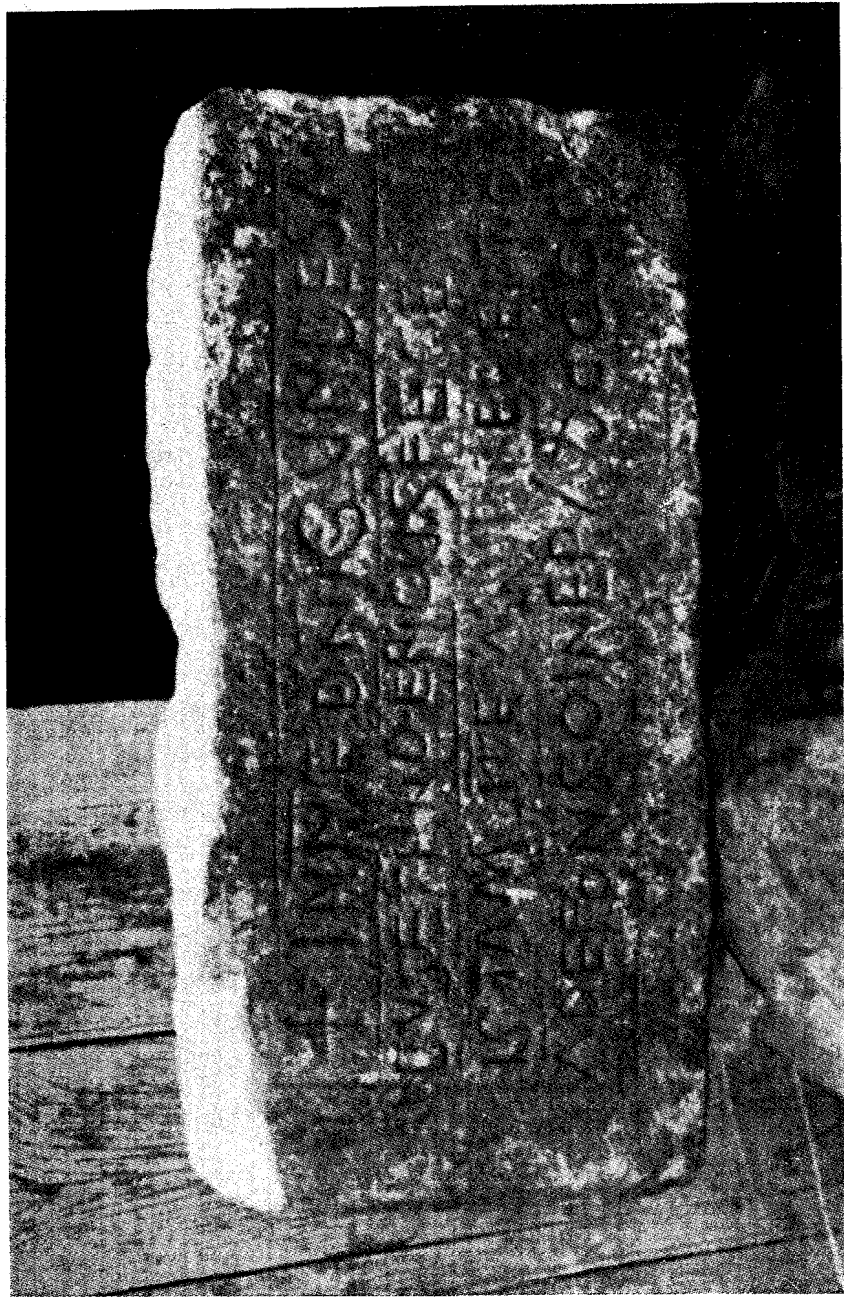
Son motivos repetidos a través del tiempo en toda la literatura bélica. Cuando el poeta es combatiente, se aferra a pequeñas cosas que, por las circunstancias del momento, le han impresionado con más hondura hasta producirle tal vez trauma inolvidable a través de muchos años, caso de Bernal Díaz. Si además es poeta, la fantasía le hará imaginar esas metáforas un tanto tópicas de los ríos de sangre, usadas aún en la novelística de las últimas guerras.

LA TÁCTICA DEL BUEN CONDE

Si en los cantares de gesta castellana, cuyo prototipo es el *Mío Cid*, escapa al poeta cualquier minuciosidad táctica, y más aún cualquier visión estratégica de conjunto, salvo las más ligeras que señalamos, pese a los atisbos de que el autor andaba muy cercano a las



Entre Mazarriegos y Hortigüela, la ruina escueta y doliente del castillo de Lara, sede del condado de Fernán González y los Siete Infantes. (Foto aérea del teniente coronel López Mayo)



Lápida conmemorativa de la fundación de la ciudad de Lara, sobre ruinas romanas, del castillo en lo alto del Picón de Lara y del condado que llevaba Castilla más allá del Duero. Se conserva en el Museo Provincial de Burgos y en ella consta el nombre del fundador: Gonzalo Fernández, padre de Fernán González, segundo conde de Lara.

«EN EL NOMBRE DEL SEÑOR, GONZALO Y FIUDERICO HICIERON ESTA CIUDAD, SIENDO PRINCIPE ALFONSO. DCCCC...» El ángulo roto hizo perder dos letras finales. Pérez de Urbel calcula que corresponde al año 902.

batallas, mucho menos podremos esperar de un poema que al ser de *clerecía* carga la mano forzosamente en aspectos piadosos, a costa de lo poco que en el original de juglaría podría insinuarse del arte militar. Los aciertos tácticos disminuirían el valor y volumen de lo prodigioso, que es el tema de fondo que ha movido al monje poeta.

Ni los padres Pérez de Urbel y Serrano, ni Menéndez Pidal y sus colaboradores historicistas, han logrado esquematizar militarmente las batallas del Conde *de las buenas mañas*, calificativo de indudable origen juglaresco que alude a su intuición táctica, a su espíritu maniobrero, como hoy se diría, a su astucia, en términos clásicos, y al planteamiento, desarrollo y éxito consecuente de una feliz decisión. Apenas hay nada en las crónicas que no sean rectificaciones de la base del poema.

Las batallas fantásticas: Carazo

El esquema de la batalla de Carazo, que el Poema desarrolla a partir de la estrofa 26, coincide con el que el Silense da en su crónica (19) de la conquista de Osma por el Conde el año 93. Es un trazado ingenuo que puede servir para cualquier batalla, genérico y comodín: Previa invocación religiosa, recluta y preparación de caballeros de la comarca, despliegue, multitud de cautivos y muertos enemigos y regreso de los vencedores con el botín. Los cristianos lidian fuertemente y guardan a su señor. Grita él: «¡Castillá!» y todos se esfuerzan al conjuro de su voz y de su tierra. Los moros vuelven la espalda y van hacia la tienda de Almanzor. Este quiere lidiar por sus manos y los moros no le dejan. Ante el ataque cristiano hay muchos moros muertos y heridos, y pierden sus mejores caudillos. El colofón es de corte bíblico: El Conde fue David y Almanzor fue Goliat. La persecución o *alcance* cristiano dura medio día recogiendo en el campo de batalla fabuloso tesoro.

El estudio del padre Serrano explica por qué el poeta traslada a Carazo de Burgos la batalla soriana de Osma. Por los años que se escribían los versos de *clerecía*, la fortaleza de Carazo, dominante en el cerro de su nombre, defendía las tierras de Salas y accesos por los afluentes del Arlanza contra las posibles invasiones que par-

(19) Historia Silense, escrita hacia 1118 y editada por Santos Coco en 1291.

tiesen de la cuenca del alto Duero, los pinares de Soria o San Esteban de Gormaz. El poeta vio allí, en lugar conocido, cuya importancia táctica no se le escapaba, el escenario ideal para desarrollar una batalla digna del buen Conde, la que en realidad dio en Osma el 934, reconquistando la ciudad y derrotando por completo al ejército árabe.

Es notable que Sampiro mencione a Fernán González como protagonista en una crónica oficial, de las que se excluía a quienes no fuesen la familia reinante. En síntesis nos lo relataba así: Fernán González averigua por sus espías que un gran ejército moro avanza por el camino de Medinaceli, amenazando las plazas de Osma y San Esteban. Sus mensajeros vuelan a León, y mientras él resiste el primer choque, el Rey Ramiro, consciente del peligro, llama a todos los hombres en estado de tomar las armas, invoca el nombre del Señor y marcha al encuentro del enemigo. Empeñóse un duro combate ante los muros de *Osma*, salieron los defensores en auxilio de los leoneses y el Señor dio la victoria a los cristianos. Muchos de los soldados de Abderramán quedaron tendidos en el campo, y los prisioneros se contaron por miles. Pérez de Urbel compagina un tanto los nombres de Osma y Carazo al explicarnos que al año siguiente los moros cordobeses vuelven a atacar Osma con más fuerzas y los cristianos se establecen a la defensiva, en sus castillos, pues los atacantes eran extraordinariamente superiores. El Rey Ramiro se acogió a su fortaleza de Osma y Fernán González acaso se encerrase en la de Lara o en el castellar inexpugnable de Carazo, que el Poema une a su nombre (20). Dada la base real que en sus anacronismos suelen tener las crónicas, bien podemos aceptar esta última interpretación mientras no se desmienta.

Hacinas: La maniobra celestial

La batalla de Simancas se desarrolla en el Poema al pie del cerro de Carazo, lugar donde están situados el campo y el pueblo de Hacinas. Alguna razón tendría el poeta para centrar en el mismo teatro bélico las dos únicas batallas contra moros que describe en su cantar. Según él, los moros no vienen de Oriente, por el curso del Duero;

(20) SAMPIRO: *Crónica*. Continuata de la de Alfonso III, escrita hacia el año 1000, incluida en la *España Sagrada* del P. Flórez. Tomo XIV. Madrid, 1859.

sino por Occidente, de Burgos, y se presentan ante la fortaleza de Muñó, superior a la del mismo Burgos, que según el Poema es principal plaza de armas del Conde, en lo cual anda el poeta acertado, pues los documentos coetáneos llaman a Burgos *civitas*, título inferior al de *urbs*, o capital, que dan a Muñó. El padre Serrano no consigue imaginar cómo llegan a Hacinas los moros atacantes de Muñó, ya que el poeta no lo explica.

La batalla de Hacinas coincide con la histórica de Simancas, llamada de Alhandega en otros documentos, según consta en el falso privilegio de los votos de San Millán (21). Lo anota asimismo Berceo en su vida del Santo, que el autor del poema desconocía, aunque toma algunos versos de sus *Loores de Nuestra Señora*, del mismo poeta coetáneo, que pudo leer, por ser obra anterior. Coincide también con la relación de la batalla que hace el cronicón Silense.

El supuesto Almanzor ataca con los 30.000 caballeros lorigados y los incontables peones, y el poeta enumera su procedencia: Son turcos y árabes, almohades y benimerines. No se para en barras y lanza contra Fernán González todas las razas árabes de reciente memoria, sin pensar ni un momento en que el Conde vivió cuando ni siquiera se había producido la invasión almorávide. Incluso los describe con superficial trato, propio de cuentos infantiles, sin precisión alguna ambiental. Sencillamente son:

384. *más feos que Satán con todo su convento
cuando sale del infierno sucio e carboniento.*

El plan táctico del Conde, único que aparece en el Cantar, no tiene mérito militar, puesto que no hace sino dividir sus tropas en tres haces, siguiendo la indicación de San Millán cuando le promete su asistencia con Santiago a la batalla y le asegura la victoria final, aunque con grandes pérdidas.

Según los *Votos de San Millán*, toman el mando de cada uno de los cuerpos, por su orden, los Reyes de León, Navarra y el Conde de Castilla. Las fuentes coinciden en la aparición de los jinetes celestiales, que aseguran el triunfo, el copioso botín y las numerosas bajas de los cristianos. En cambio, varían los jefes de los cuerpos.

(21) Privilegio de los votos de San Millán en *Índice de documentos de monasterios y conventos suprimidos*, pág. 255. SÁNCHEZ ALBORNOZ asegura que se trata de una falsificación histórica, en *España, un enigma histórico*. Tomo I. pág. 268, pero a nuestros efectos tiene valor.

El orden de batalla que parece histórico es el de la idea de la maniobra dada por San Millán: Un haz que ataca por Occidente reforzado con la hueste celestial de Santiago, otro por el Norte, y el tercero, el menor, por el Este, al mando del Conde y con el refuerzo de los jinetes de San Millán. Los dos primeros llevan caballeros y 6.000 peones cada uno, el tercero sólo 50 y 3.000.

Para el primer cuerpo, Fernán González elige uno a uno los caballeros de la delantera, casi todos de Salas, entre ellos los sobrinos del Conde de Castilla, a los que llaman *los lobos carniceros*, y se da el mando de esta vanguardia a Gustio González, que lleva consigo el total de los 6.000 peones montañeses, «gente fuerte y ligera», lo cual resulta inexplicable en batalla campal y más en esa desproporción.

El segundo cuerpo tiene como mando a don Lope el Vizcaíno y lo forman borgoñeses, treviñanos —alaveses del condado de Treviño—, castellanos, castreños de Castrojeriz y asturianos, destacados entre otros montañeses. En este haz mediano van doscientos caballeros de la flor castellana, a los que acompañan los 6.000 peones, cuya procedencia pormenorizó.

En las prevenciones que para la batalla da a este cuerpo hay por primera vez un atisbo de la táctica, que hasta entonces sólo se había mostrado como un adelantarse el Conde sólo, con gesto heroico, y acudir *a socorrerle* todos los demás. Ahora encarga que los peones luchen con los peones enemigos y rompan su filas en un lugar, abriendo camino a la caballería para que entre por donde mejor pueda, al parecer con idea de que por esa brecha manibre en la dirección más favorable.

Para el tercer haz, el del Conde de Castilla, quedaban tan sólo treinta caballeros: eran del alfoz de Lara y los serranos de tierras que él había poblado. Para completar hasta cincuenta armó ese día a veinte escuderos. Hay indicios de que Fernán González hizo caballeros a doscientos villanos, antes de que su hijo lo hiciera, según el fuero de Castrojeriz (22). Todos entraron en el haz, que completaban los tres mil peones.

Su ataque del primer día debía tener carácter de tanteo, pues

(22) Otorgado por Garci Fernández en 978, instituye oficialmente la *caballería villana*, pero no impide que existiese antes, según expresa el Poema, seguramente desde su primitiva redacción.

advirtió que si no lograban vencer se retirasen al oír el cuerno, acogiendo a la seña o estandarte del Conde.

Tres días de combate

Cada fase se desarrolla en una jornada. La primera es indecisa; en la segunda hay gran mortandad de peones cristianos.

El primer día el buen Conde logra abrir un gran portillo en el primer haz de los moros, lucha con uno de sus caudillos y lo mata, pero la muerte le ronda y tiene su escudo clavado de cuadrillos; lo cercan, muere su caballo, lo cual expresa el poeta con una descripción realista muy de hoy, que recuerda párrafos de Malaparte o de García Serrano: «tenía hasta los pies las entrañas colgadas». La mesnada le rodea protegiéndole, y él, en pie, se defiende hasta el límite: «escudo contra pechos, en la mano la espada». El Conde pide ayuda al cielo, le dan un caballo y sigue luchando: «El que de sus manos escapaba tenía por nascido ese día» (e. 504). El combate queda en tablas.

El *segundo día* oyen misa, invocan a Santiago, por única vez en el Poema, y reanudan, «donde lo habían dejado», el combate del día anterior, que el poeta llama pleito por indudable recuerdo del verso idéntico del poema de Alexandre en su estrofa 1891. No se explica plan ni maniobra alguna, todo parece acción frontal y violenta, en la confusión y mezcla de enemigos:

514. *Las faces fueron vueltas, el torneo mezclado
bien habían castellanos aquel menester usado.*

El alférez soporta los golpes como una peña y mueren muchos hombres de ambos bandos.

El *tercer día* es descrito con el mayor fragor de la batalla. Gustio González, caudillo del primer cuerpo, «había en los primeros abierto un gran portillo» (e. 525), lucha con un jefe moro y cae muerto. Se ve clara la táctica simple de atacar unos hombres en *delantera* de tanteo y acudir luego el grueso en su socorro, como en las anteriores batallas del Conde y en las primeras del Cid. Fernán González recibe noticias de que han muerto los mejores caballeros de los otros cuerpos: «salía mucho caballo vacío con su silla» y acude en su socorro. Lucha con «el gran rey africano», que mató a

Gustios y lo derriba muerto, pero entonces caen sobre él más de mil moros —nuevo colosalismo—, con lo que viéndose perdido queda en actitud pasiva rogando a Dios de rodillas y entonces ve venir a Santiago a caballo, con gran compañía de caballeros cruzados como ellos (e. 550), anacrónica visión que anima a los cristianos y pone pavor en los moros, los cuales son derrotados y perseguidos hasta la Extremadura o frontera.

Esa batalla de Hacinas, que el poeta describe con cierta fantasía, desorienta más que nada por su nombre, pero coincide sustancialmente con la que los cronistas registraron como batalla de Simancas, de Alhandega o del Foso, según consta en el discutido Privilegio de los Votos de San Millán, en la crónica Silense, en la de Sampiro y en los Anales Castellanos. Los historiadores árabes, silenciaron en lo posible tal desastre de las armas omeyas, pero Ibn Hayyan ofrece pormenores desconocidos en un relato encontrado últimamente (23).

El suceso fue una de las más difíciles ocasiones en que se vieron los cristianos de la Reconquista. Eran los primeros días del 939 y las huestes califales, reforzadas de Ben Hasín de Zaragoza, a su paso por Medinaceli, avanzaron siguiendo el curso del Duero, sin encontrar más que ciudades cerradas y castillos vacíos. Prosiguieron su avance sin presentar combate que les entretuviera o desviase hasta la desembocadura del Pisuerga, cuyo vado estaba defendido por el castillo de Simancas. Los cristianos, no fiando en sus fuerzas, pusieron su confianza en la ayuda celestial. El rey de León quiso peregrinar con sus condes a Compostela, mientras Fernán González oraba ante San Millán, primer santuario de Castilla, prometiendo a Santiago y San Millán grandes donaciones si les concedía la victoria.

En Simancas, las tropas de Abderramán se enfrentan con las del rey de León, en cuya busca iban, y plantan sus tiendas como desafío, que es aceptado por los cristianos.

El 20 de julio se produjo el eclipse de sol que animó a los cronistas españoles, de suyo tan laconicos: «En 939, martes, a las diez de la mañana del veinte de julio, fue cuando mostró Dios la señal en el cielo y convirtiósse el sol en tinieblas en todo el mundo casi

(23) PÉREZ DE URBEL: *Fernán González, el héroe que hizo a Castilla*, pág. 82. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1952.

una hora». El prodigio tuvo entonces distintas interpretaciones, casi todas simbólicas. Añaden que dieciséis días más tarde, el seis de agosto, llegaron a Simancas los cordobeses, «con su nefandísimo rey Abderramán», y allí fijaron sus tiendas. Les salió al encuentro el rey Ramiro con los condes Fernán González y Asur Fernández, que se habían unido a él con sus huestes. «Con la ayuda de Dios se arrojaron sobre los moros, cayendo segados por la espada más de tres mil, y entre otros fue preso Abeyahia, el de Zaragoza; los demás huyeron». Añaden que al cabo de otros dieciséis días, a punto de salir de la tierra, los cristianos detuvieron a los moros en Leocaput y el río Verbera, donde los moros fueron dispersados o muertos y despojados. Sampiro cuenta 80.000 muertos en la primera jornada, Nadja entre ellos, el virrey de Zaragoza prisionero y el califa salvado de milagro, huyendo a Córdoba «medio muerto», sin más que cuarenta jinetes.

Los cronistas árabes culpan de la derrota a los nobles musulmanes que disgustados con Abderramán le abandonaron, y reconocen que su ejército quedó casi deshecho. Pero es precisamente Ibn Hayyan quien más se acerca a la descripción del Poema, pues dice que la batalla duró varios días y fue desde el primero difícil para los árabes. Ciertamente en la técnica medieval sólo se combatía de día, con cargas sucesivas y retiradas rápidas, hasta descubrir el flaco vulnerable. Cuando los cristianos vieron que se debilitaba el *amud* de Abderramán, que era su principal fuerza de choque, cargaron sobre él haciéndole retirarse a un foso próximo, construido para impedir la retirada. En él cayeron masas de fugitivos y hasta Abderramán dejó su cota de mallas de oro y un Alcorán valioso que llevaba consigo a las batallas. Se remataría el desarme con la intervención de García de Navarra, que explotaron el éxito persiguiendo por la ribera del Duero al ejército en retirada. En el descenso de la sierra de Atienza se encontraron las fuerzas en una Alhándiga o desfiladero. Tal será la que unos cronistas llaman batalla de Alhandega y otros de Leocaput, toponimia no identificada, que corresponde a la fase final de la explotación de la batalla de Simancas.

Si Dios ayuda a los moros

Aún hay en el Poema otra campaña contra las huestes del califa de Córdoba, desarrolladas por León, la tierra de Campos y Sa-

hagún, cuando esta plaza sólo en el siglo XIII era frontera con Castilla. En cambio, no se cita la legendaria batalla de Cascajares, que nunca existió, donde la Iglesia, ampliada con estilo románico, conserva en sus canecillos mozárabes analogías con la de San Millán de la Cogolla y la tradición local de la victoria del Conde *de los hechos granados*, recordada aún en la copla castellana, alguna vez se oye a los viejos del lugar, y es así más o menos.

*El triunfo de Carcajares
es argumento evidente,
que más vale poca gente
con Dios, que sin Dios millares.*

Es como un mentís a otra copla que citaba Unamuno con ironía un tanto heterodoxa y existencialista:

*Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios ayuda a los malos
cuando son más que los buenos.*

y el desánimo supersticioso que hizo decir a los castellanos mientras llegaba el Conde:

256. b. *Bien vemos que Dios quiere a moros ayudar*

Tampoco cita el Poema la victoria histórica de San Esteban de Gormaz, una de las más felices del buen Conde, por no decir la mejor.

En cuanto a las luchas con el rey de Navarra, que no fue Sancho, sino García, durante todo el gobierno de Fernán González, no están de acuerdo los críticos. El poeta hace que Sancho de Navarra muera en su encuentro con el Conde, cuando pretende invadir los límites castellanos con la Rioja. El padre Serrano estima que el poeta confundió esta batalla con la de Atapuerca, ganada por el rey Fernando I, por la identidad de nombres que se daba también en el de Sancha, que llevaban ambas esposas, confusión a la que predispone también el interés del poeta de llamar al Conde don Fernando, y aún *don Fernando de Castilla*, como se llamó al rey. En cambio, Pérez de Urbel acepta el relato poético diciendo que el combate se dio en el valle Valpirri, que desde entonces se llamó Era de la Degollada (pese

a que toponímicamente el repetido nombre suele referirse al lugar de alguna mujer asesinada), y que está entre Briones y Nájera, donde una piedra llamada «del Conde», aún recuerda el hecho. Y nos informa que el Conde y el *príncipe Sancho* quedaron malheridos, aunque en el bando castellano se creyó la muerte del segundo, rumor que recogieron los juglares y llegó a los conventos.

Sigue a ese combate el que Fernán González libra con el conde de Tolosa, emparentado con la casa real de Navarra, históricamente no debe ser éste, sino su hijo Raimundo quien acudió en ayuda del rey navarro en su lucha contra el buen Conde, de quien era pariente como hermano de Ava, nuera de Fernán González. Las genealogías de los Condes de Tolosa dicen que murió asesinado en Carazo, aunque el poema lo presenta muerto en combate con el Conde castellano a orillas del Ebro. La descripción del encuentro tiene un gran sabor bélico realista, en el paso del Ebro:

356. *Hobieron gran aprieto en pasar aquel vado
Dellos se afogaban, dellos salian a nado.*
357. *Abrió por medio del agua el Conde la carrera,
hobieron tolosanos de dejar la ribera;
ordenó las sus haces en medio de una glera,
fueles a acometer de una extraña manera.*

He aquí, en una de las estrofas de más primitivo sabor, la descripción simplista y expresiva de cómo Fernán González conquista la orilla del Ebro y establece en ella su cabeza de puente, a lo que sigue el *ataque en fuerza*, sin esa transición que se da en el combate moderno, pero bien delimitadas las fases en el cambio de estrofas.

Aún señala el Poema otros combates con el rey de Navarra, no identificados por la historia, aunque el poeta parece tener a la vista unos textos que cita de un modo vago, pero que aluden, al menos, a tradición escrita: «Segund nos lo leemos e dice la leyenda», «así como leemos» (e. 687). Fuera de la estrofa 15 «como el escrito diz», son los únicos casos donde parece tener delante la fuente en que se inspira, precisamente en estas desconocidas luchas con Navarra. Tales expresiones, inusitadas en nuestros cantares de gesta, denotan la preocupación erudita del mester de clerecía por primera vez.

La glorificación del Héroe

El Poema es un canto a Castilla, dijimos al principio, pero en él, Castilla es la obra de Fernán González. Aunque la intención del poeta sea ensalzar a Castilla como cuna de la Reconquista y madre de España, su tema, verso a verso, es en honor del Conde. El héroe que canta el llamado monje de Arlanza no es el gran político, sino el vencedor de Abderramán III, de García de Navarra y de Sancho el Craso de León. A él dedica el poeta sus mejores epítetos en un extraordinario despliegue laudatorio. Si el juglar de Rodrigo Díaz le inmortalizó como el *Mío Cid, el de la barba florida o el que en buena hora nació*, éste alaba las cualidades militares de Fernán González, sin llegar a hacer famosos sus apelativos, llamándole *guerrero natural, cuerpo de buenas mañas, de ardides cimientos y de buen enseñamiento, corazón sin flaqueza, el de los fechos granados*, y en lo general: *el buen Conde, cimientos de nobleza, de todo bien cumplido, de corazón lozano*, y también *Conde lozano* con ese término que ya sería común y luego se hizo propio para designar un imaginario personaje de *Las Mercedes del Cid*, en su cantar tardío.

En la crónica que fray Gonzalo de Arredondo (24) dedicó a Carlos V, presenta al Conde como ejemplo de todas las virtudes teológicas, cardinales y caballerescas, entre las cuales aseguraba que tuvo la de ser *patientísimo*. Al resumirlo Menéndez Pidal, con su fina ironía, hace observar que los juglares opinarían distinto que los clérigos, no estimando la paciencia como virtud caballeresca. Demuestra que, para ellos, la ruptura del Conde con Sancho de León fue agria y violenta, reconstruyendo el cantar perdido por el texto que la crónica de 1344 prosifica, por ejemplo, en la entrevista del vado del Carrión, Fernán González dice la crónica: «Callad, rey, que mal cumpliríais vuestras amenazas. Si no fuese por las treguas de los preladados, yo sí que os quitaría la cabeza y teñiría el agua de este río con vuestra sangre (25). El mismo historiador compara las virtudes del Cid con las del Conde, con demérito para éste que se parece más a los viejos héroes helénicos o germánicos, «y no pierde su ca-

(24) GONZALO DE ARREDONDO Y ALVARADO, O. S. B., Abad de Arlanza. *Crónica del santo y valeroso caballero el Conde Fernán González*. Burgos, 1528.

(25) MENÉNDEZ PIDAL: *La Epopeya castellana*.

rácter heroico porque en su conducta histórica se den empellones lo grandioso y lo mezquino».

La tendencia a la beatificación del héroe protector del convento, donde se veneraban sus restos, era cosa muy común en los monjes medievales, y así no es extraño verlo en el supuesto poeta de San Pedro de Arlanza, que sería fraile de algún otro convento burgalés más al norte, como en la pluma de posteriores cronistas. En el prólogo a la crónica de Arredondo, asegura el autor que en el siglo xvi era popular un laude latino de Fernán González, inscrito tal vez junto a su sepulcro. Es un latín romanceado que en castellano vendría a decir:

*¡Oh Conde belicoso y gigante precioso!
Tú, más fuerte que el león, más valiente que el dragón,
Tú del sumo Rey portas la enseña de la Santa Cruz
con que vences a enemigos temporales e infernales.
¡Oh honor de la milicia, Conde de la alegría!
Todo el mundo te alaba porque permaneces guerreando
y descansas a Dios alabando.*

El héroe se confundía ya con el santo en pura guerra divinal, en intrincada mezcla de alabanzas bíblicas y míticas, militares y religiosas, por la ilusión de sus panegiristas.